



Dulce

ENEMIGA



VANESSA LORRENZ



Dulce enemiga

Vanessa Lorrenz



Primera edición en ebook: Marzo 2021

Título Original: Dulce Enemiga

©Vanessa Lorrenz, 2021

©Editorial Romantic Ediciones, 2021

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons - Oindiedesign

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*Dedicado a todas aquellas que han tenido una enemiga disfrazada de amiga: una dulce
enemiga.*

PRÓLOGO

Londres 1838

Las ruedas del carruaje parecía que se saldrían de su eje en cualquier momento, la velocidad con la que se dirigían no era la normal. Los duques de Brentwood no sabían lo que estaba ocurriendo, habían intentado llamar al cochero, pero nunca recibieron respuesta. Venían rogando por no encontrarse con algún asaltante de caminos, pero parecía que la suerte no les había sonreído.

La duquesa sabía que ese viaje desde que había comenzado fue una completa locura, pero ahora que estaban en camino de regreso a su casa, no esperaba que los fueran a atracar. Se lamentaba haber sido tan imprudente.

—Edward, ¿qué está sucediendo? —la voz de alarma de la duquesa no pasó desapercibida para el duque, sobre todo teniendo en cuenta que entre sus brazos llevaba a su pequeña hija que tenía una semana de nacida, una niña hermosa que había heredado el mismo color de cabello que su esposo, los ojos redondos del mismo color de la miel lucían en ese instante cerrados, mientras dormía ajena a la preocupación de sus padres.

Se sobresaltaron al sentir que el carruaje giraba de manera desenfrenada, provocando que casi se voltearan, las ruedas aumentaron la velocidad, aunque eso parecía imposible, mientras el duque golpeaba de nuevo la ventanilla de comunicación sin obtener respuesta alguna. No se escuchaban más que el ruido de los cascos de los caballos galopando a una velocidad fuera de lo normal. Su esposa volvió a llamar su atención preguntando qué sucedía, pero en ese instante no tenía la menor idea, mucho se temía que nada bueno estaba pasando. No sabían qué era mejor; si detenerse y enfrentar a los asaltantes, terminar en medio de un lago, o en el mejor de los casos volteados en medio del camino.

—Pase lo que pase, Charlotte, necesito que mantengas la calma —dijo el duque tratando de parecer sereno, cuando no lo estaba en absoluto. Sus vidas estaban en peligro y si algo le pasaba a su esposa o a su hija jamás se lo podría perdonar.

—Me estás asustando, Edward —le contestó la duquesa, mientras aferraba a su hija contra su pecho en un gesto de protección.

—Cielo, no debe de ser nada, solo te lo digo para que estés prevenida por si nos llegamos a topar con forajidos.

Un jadeo escapó de los labios de la duquesa por el temor que la recorrió, eran bien conocidas las historias sobre los asaltantes; solían ser despiadados sino conseguían hacerse con el botín, de manera inconsciente se llevó la mano al collar que había pertenecido a su familia, su valor sentimental era incuantificable, pero ella daría todo lo que poseía porque los tres lograran salir de ese peligro sin un solo rasguño. Cerró los ojos rogando para que todo se tratara de una simple equivocación.

Bajó la mirada al regordete rostro de su hija y lo acarició con ternura mientras veía el brillo destellante del camafeo que llevaba ese día colgado en su pequeño pecho; el carruaje fue

perdiendo velocidad y en cuestión de minutos se detenía poniéndolos más nerviosos. El duque buscó el arma que estaba siempre guardada debajo del asiento; en un compartimiento secreto, pero no la encontró. Ambos se sobresaltaron al escuchar el estruendo con el que se abrió la puerta dejando ver a un hombre corpulento con la cara cubierta, apuntándolos directamente con un arma. No les dio tiempo de decir una sola palabra, dos disparos se escucharon en aquel camino desolado, mientras el llanto de un bebé se alejaba al igual que los pasos de los forajidos.

CAPÍTULO 1

Londres 1855

El agua cristalina del lago reflejaba los intensos rayos del sol. Marian sonrió cubriéndose los ojos para contar hasta diez mientras Olivia corría a esconderse. Solo tenían una hora de juego dentro del convento que, hacía la función de orfanato, ya que después tenían que regresar para hacer sus labores. Así que trataban de disfrutar al máximo de esos momentos.

—¡¡Diez, listos o no, allá voy!! —Encontrar a Olivia no fue difícil, ya que nunca lograba estarse quieta en un solo lugar, aunque Marian trató de fingir que no la veía caminando alrededor del campo, buscando por todas partes, aunque el tenue sonido de su cantarina risa la delató, así fue como la encontró de manera rápida detrás de un árbol frondoso de manzanas, su mejor amiga estaba en cuclillas tratando de sofocar una carcajada—. ¡¡Te atrapé!! Ahora tenemos que regresar antes de que nos den unos azotes por no ayudar en la cocina.

Ese era el pan de cada día, acababan de cumplir diecisiete años, y habían llegado al convento cuando tenían unos días de nacidas, con la única diferencia que Marian llegó unas horas antes que Olivia; de ahí que todas dijeran que eran hermanas. Nadie sabía el paradero de sus padres, ni siquiera si tenían algún familiar lejano. Las hermanas del convento las recogieron dándoles la bienvenida a las dos pequeñas que se sumarían a los más de cincuenta que ya atendían. Como Marian fue la primera en llegar decidieron llamarla con el nombre de la madre superiora y, a la otra pequeña la nombraron Olivia, ya que era el nombre que traía el santoral.

—Apresúrate, Olivia, tenemos que llegar a tiempo. —Su amiga resopló, mientras ella se sacudía una mancha de tierra que se había adherido a su vestido color gris, odiaba esa vestimenta, pero no tenían más ropa que esa, y la verdad es que deberían estar muy agradecidas con las hermanas que las adoptaron pues les debían todo, les habían dado lo más parecido a un hogar.

Caminó lo más rápido que pudo, pero sus botines de cuero que eran un número más grande se le atoraron en una piedra provocando que trastabillara. Por suerte, su amiga la sostuvo del brazo evitando que cayera.

—¡¿Por qué siempre sois tan torpe, Marian?! —dijo su amiga con el ceño fruncido como si estuviera enojada—, deberían de ponerte un cartel de peligro.

—Lo siento, es culpa de estos zapatos, me quedan grandes —dijo tratando de acomodarse el botín que se había salido de su pie.

—¿Sabes?, cuando salga de este lugar, voy a buscar a un duque que me lleve a vivir a su castillo.

—Los duques no viven en castillos —dijo sonriendo, porque su amiga siempre decía lo mismo, repetía mil veces que estaba harta de vivir en ese lugar y que algún día saldría de ahí para conquistar a un caballero de armadura dorada que la rescatara de la pobreza donde estaban sumergidas.

—Pues conquistaré a un príncipe, no importa, lo único que quiero es no tener que utilizar

estos vestidos tan horrendos. —Marian miró a su amiga con enfado, no le gustaba la manera en la que se expresaba de lo que les daban en ese lugar, pero las hermanas no podían hacer gran cosa por ellas, ya que vivían de la caridad de la buena sociedad londinense.

—Sabes que la madre superiora hace todo lo posible por darnos ropa y calzado, debemos estar agradecidas —dijo Marian reprendiéndola.

—Marian, pero ¿es que no has visto cuando la duquesa ha venido a dejar los víveres de este mes? —dijo Olivia refiriéndose a la duquesa de Brentwood, que cada mes se dedicaba a llevar en persona todos los apoyos del comité de beneficencia. Esa era una de las funciones de las damas de sociedad, bueno, tal vez solo de las damas más respetadas, porque había también las que se dedicaban únicamente a asistir a los bailes hasta caer el amanecer y dormir hasta que el atardecer les despertaba para asistir de nuevo a otra velada.

—Debes dejar de soñar con esas ideas, aunque encontraras a un duque dispuesto a enamorarse de ti, solo te utilizará y te dejará por no tener sangre noble.

—Tal vez si muestro el camafeo que me regalaste, pueda aspirar a tener un buen marido. Me niego a ser una criada en casa de esos ricos.

—Doncella, Olivia —la reprendió porque su amiga siempre hablaba con desprecio de las personas que servían en la casa grande—. La duquesa aún no ha mencionado a quién se llevará a su casa para que se integre al servicio, pero sería un honor que nos eligiera, nuestra vida cambiaría por completo. ¿No te ilusiona?, estaríamos todo el día trabajando, siendo parte del mundo que los rodea.

—Pues espero que no me elija a mí, yo nací para bailar a la luz de las velas, entre los brazos de un apuesto caballero —dijo Olivia, simulando que tomaba entre sus manos la tela de un vestido de fiesta y daba vueltas por el patio trasero del convento.

—Estás más loca que una cabra —dijo, mientras sonreía y comenzaba a caminar más deprisa. En cuanto pusieron un pie dentro del convento la actividad no cesó hasta que todas las huérfanas estuvieran en sus camas.

Como siempre, las castigaron por llegar tarde a la comida y tuvieron que ayudar a lavar los cacharros; lo único malo es que su amiga estaba enfadada, odiaba hacer alguna tarea. Cuando eran pequeñas, ambas solían jugar y hacer travesuras sin que les importara si las castigaban, pero conforme iban creciendo sus intereses fueron cambiando. Últimamente, Olivia vivía recluida en un sueño que jamás cumpliría.

Ambas amigas estaban acostadas las dos en la misma cama, cubiertas hasta la cabeza mientras platicaban de sus planes de futuro, por largas horas, hasta quedarse dormidas. No es que Marian tuviera grandes aspiraciones, pero a veces también soñaba con encontrar a un hombre honrado que la quisiera para desposarse con ella, y tener su propia casita, un hijo al cual dedicar su vida. Pero encerrada en esas cuatro paredes no lo lograría.

Tenían pocos días para practicar todo lo que les habían enseñado en esos años dentro del convento, pero si querían salir de ese lugar tenían que lograr que las eligieran.

—Marian, debes de caminar más erguida, pero con la mirada siempre, abajo no te encorves porque vas a tirar la charola, si sigues así nunca saldrás de las cocinas. Te llevarás varios tortazos si sigues de esa manera.

—Por más que lo intento no logro hacerlo.

—¡Pues inténtalo más! —le gritó su amiga. Odiaba que la tratara de esa manera porque la hacía sentir como si no sirviera para nada, pero era como la hermana que nunca tuvo, así que le perdonaba todo. Olivia tuvo que darse cuenta de que la había lastimado, porque soltó un gruñido poco femenino.

—No puedes ponerte a llorar solo porque te digo la verdad, si los duques te vieran levantando la mirada, no se tentarán el corazón para darte un azote. A lo mejor piensas que soy muy dura contigo, Marian, pero solo quiero lo mejor para ti.

Marian, muy a su pesar, sonrió, aunque su corazón sufría con cada palabra cruel de su amiga; debía pensar que, si no fuera por ella, estaría perdida.

La semana pasó sin grandes acontecimientos, excepto porque se acercaba el día en que la duquesa tendría que elegir a una de ellas para llevarla a su casa a trabajar como doncella. Aunque Olivia se negaba a salir de ahí siendo una simple doncella, Marian estaba muy emocionada esperando que la eligieran; tenía toda una vida recluida en ese lugar, y necesitaba un giro nuevo en su vida. Otro aliciente para decidirse a abandonar el convento es que, si no las elegían para trabajar en las grandes casas de Londres, debían comenzar a buscar la llamada del Señor Todopoderoso y aceptar la voluntad de él para formar parte del noviciado, algo que Marian no le gustaba. Si bien es cierto que en ese lugar se vivía una tranquilidad y una paz purificadora, no estaba segura de querer servir a Dios para toda la vida.

Marian también tenía sueños y anhelos que nunca expresaba. Cuando tenía quince años había decidido que sí, que estaba dispuesta a servir en el noviciado, y para ello le dijeron que uno de los requisitos para ingresar al servicio del Señor nuestro Dios era que tenía que despojarse de todo aquello material que poseía. Claro que eso era casi una burla, pues ella no tenía ninguna posesión que valiera la pena, apenas un viejo camafeo que las hermanas encontraron en el cesto donde la habían dejado en la puerta del convento. Suponía que era un recuerdo de su madre y, aunque le tenía un cariño especial, tenía que deshacerse de él.

Estaba segura de que si lo entregaba a las hermanas del convento estas lo venderían para pagar su manutención, así que de manera egoísta se lo regaló a Olivia, a la que consideraba su hermana. Ella sabría cuidar de él, porque sabía el importante significado que tenía para ella. Lo único malo es que después de colaborar con las novicias por un mes, se dio cuenta de que ese mundo no era el que quería para consagrar su vida; así que lo abandonó sin pensarlo dos veces.

Marian estaba nerviosa cepillando el cabello de Olivia para que estuviera lo más presentable posible, ese día alguna de ellas se iría de ahí para servir a la duquesa y sería un milagro que las elegirían a las dos, pero en su interior rogaba porque eso sucediera, nunca se habían separado y pensar en tener una vida lejos de su amiga se le antojaba imposible. El cabello castaño de Olivia relucía a la luz de las velas de la habitación, tenían grandes similitudes en su aspecto físico que para quien no conocía su historia, pensaría que eran hermanas, ambas con el cabello rizado color castaño, y de compleción idéntica, solo que Olivia siempre fue un tanto más voluptuosa, pero no era nada que el feo vestido color gris no cubriera, lo que realmente las diferenciaba era el color de ojos, mientras los de Marian eran de un castaño claro muy parecido al de la miel, los de Olivia era de un castaño un poco más oscuro.

—¿Sabes, Marian?, cuando me case con alguien de la nobleza, le pediré a mi esposo que te contrate como mi doncella personal. Me encantan las maravillas que haces con mi cabello.

—¿Por qué no mejor me invitas a tu casa como una amiga lejana?

—No seas tonta, mi esposo no debe de saber de dónde provengo. Se me ha ocurrido una idea genial, me haré pasar por una rica heredera.

—¿De dónde has sacado esa idea tan descabellada?

—Escuché el otro día que la temporada pasada una plebeya se atrevió a colarse en los bailes sin ser descubierta, y entre baile y baile, un marqués se enamoró de ella tan perdidamente que no le importó que no fuera de buena cuna. Incluso se habla de que hubo por medio una venganza, y por eso ella se hizo pasar por una dama de sociedad. Pero terminaron amándose con locura.

—Eso no pasa en la vida real, debes de tener los pies firmes, no podemos aspirar a entrar en la nobleza. No tenemos una dote que aliente a algún caballero a arriesgarse por nosotras, pero principalmente no tenemos sangre noble —dijo Marian terminando de trenzar el cabello de Olivia para hacerle el moño francés en la nuca que llevaban todas las huérfanas del convento.

—Lo voy a conseguir, te lo prometo, Marian, a como dé lugar lo conseguiré. Detesto la idea de seguir sumida en esta inmundicia, nací para vestir elegantes vestidos de noche y estar cubierta de joyas. —Marian frunció los labios en un mohín, el sueño de su amiga era demasiado ambicioso, estaba segura de que la decepción de conseguir sus propósitos la dejaría devastada, pero, aun así, no pudo evitar darle un poco de alegría.

—Si lo logras, estaré encantada de servir como tu doncella. —Eran ideas un tanto descabelladas, pero a ella lo único que le importaba era que su amiga fuera feliz.

CAPÍTULO 2

Marian sentía que de un momento a otro caería desfallecida en el frío suelo del convento. La presencia de la duquesa de Brentwood no ayudaba en nada, al fin había llegado el día de saber a quién escogerían para ir a trabajar a la casa de los principales benefactores del convento. Todas estaban con la mirada en el suelo, ya que era una falta de respeto mirar directamente a los ojos de su excelencia, todas las huérfanas vestían pulcramente con su vestido color gris, llevaban el pelo sujeto en un moño tan apretado que Marian sentía que se le saldrían los ojos de lo estirado que estaba.

En cuanto la duquesa pasó frente a ella, las manos le comenzaron a temblar de manera incontrolable, sentía un presentimiento de que nada sería igual a partir de ese instante, estaban inspeccionándolas como si fueran a ser reclutadas para enlistarse en la guardia de su majestad, desde la postura hasta la forma en que vestían.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha? —Escuchó que preguntaba la duquesa con voz amable. Marian cerró los ojos, triste, porque ya tenía a una elegida. Algo dentro de ella se rompió pensando que ahora tenía que buscar otra salida a su vida.

—Olivia, mi *lady*. —Su decepción fue tan grande, una parte de su corazón se alegraba de verdad de que su amiga fuera la que tuviera una oportunidad como la que se le estaba presentando en ese instante. Pero, por otra parte, anhelaba salir de ese lugar y sentía una pizca de envidia.

—Bien, a partir de este instante te incorporarás al servicio de la casa.

Tal vez sonara raro que una duquesa estuviera eligiendo el personal que laboraba en su casa, cuando lo más lógico es que fuera el mayordomo o el ama de llaves, pero con la duquesa nunca se sabía nada certero, decían que desde que había perdido a su hija no era la misma, algunos pensaban que el dolor por la pérdida la había llevado a la locura, de eso ya habían pasado diecisiete años. Nadie sabía en qué circunstancias le había pasado aquella terrible tragedia, ya que la alta nobleza en esos temas era muy hermética. Si una debutante era secuestrada o se fugaba con algún pretendiente lo único que la familia decía era que estaba en un viaje por el viejo o nuevo continente, para pasar desapercibidos hasta que un nuevo escándalo surgía alejando las miradas de ellos. Pero la tragedia de la duquesa era diferente porque, al parecer, su hija tenía una semana de nacida cuando la perdió.

—Marian —la voz de Olivia la sacó de sus pensamientos para ver que todas hacían una impecable reverencia a la duquesa y salían desfilando rumbo a sus habitaciones. Su amiga se había quedado atrás, esperando a que ella comenzara a caminar. En cuanto estuvieron lejos de la mirada de la madre superiora, y de las hermanas del convento, se detuvieron en el pasillo y en ese instante a Marian el mundo se le vino encima, siendo consciente de que no volvería ver a su amiga.

—No puedo creer que tuvieras esa suerte, Olivia —dijo conteniendo las lágrimas, nunca se habían separado y ese era el momento definitivo donde se tenían que despedir.

—No llores, tonta, vendré a verte los domingos que me den permiso de salir a misa.

—Tendrás una vida muy ocupada en la casa grande, dudo que te quede tiempo para venir a visitarme.

—Puedes acercarte tú.

—Está bien, pero mantente en contacto conmigo —dijo, ya dejando salir las lágrimas producto de su tristeza, ahora estaría completamente sola.

—Ya, Marian, deja el llanto para otra ocasión, la que debería estar llorando debería de ser yo, que me voy a servir en la casa, no creas que me iré como protegida de la duquesa, más bien seré la nueva criada, ya verás cómo me van a cargar de trabajo.

—Cuídate, Olivia, tal vez así puedas conocer a tu príncipe.

—Siempre tan tonta —dijo Olivia resoplando—. Ahora ayúdame a preparar la maleta con mis cosas, no creo que la duquesa espere a una sirvienta.

Antes de que se diera cuenta, Olivia estaba corriendo a la parte trasera del carruaje y se montaba en el descansillo que estaba destinado para la servidumbre. Marian salió a despedirse de su amiga en la lejanía, agitando un pañuelo con el que se limpiaba las lágrimas.

A partir de ese día la vida sería difícil en ese lugar, y no tanto por el ambiente, sino porque la soledad la abrumaría. ¿Ahora cómo seguía con su vida? Esa era la gran incógnita que tenía que responder. Por suerte, al parecer las hermanas del convento pensaron que ella se vería afectada por la partida de su amiga, y comenzaron a involucrarla en el aprendizaje de las niñas que vivían ahí. Por las tardes preparaba los temas que las hermanas le enseñaban y por las mañanas daba las clases en los pequeños salones del convento. Pasaba gran parte del día en la biblioteca investigando temas, leyendo libros de etiqueta, para dar una mejor educación a las niñas. Tenía la esperanza de que si las niñas salían bien preparadas de ese lugar aspirarían a ser una institutriz y no una simple criada como decía su amiga.

Un sueño comenzó a formarse en su corazón, a lo mejor era una locura, pero al ver cómo las niñas que estaban a su cargo comenzaban a aprender nuevas cosas, se le había ocurrido que, si todo salía bien, quería abrir una escuela para todas las niñas que quisieran aprender cómo comportarse. No debía olvidar que estaba a punto de cumplir la edad máxima permitida para estar en el convento; de todas las huérfanas ella era la que llevaba más tiempo dentro de esas paredes, a veces se preguntaba por qué ella no había encontrado una familia que la adoptara, una familia que le diera el cariño que a ella tanta falta le hacía. Aunque las hermanas le habían dicho que cuando era pequeña un caballero que venía con su esposa tuvieron la intención de adoptarla, pero ella se aferró tanto a Olivia, pidiendo que también se llevaran a su hermanita. Al final el matrimonio se fue de ahí sin ninguna de las dos, ya que era muy difícil mantener a dos pequeñas. Después, fueron creciendo y la posibilidad de una adopción se fue volviendo un sueño cada vez más lejano, pero ahora Olivia había logrado seguir un camino diferente al suyo.

Pensando en su amiga recordó que ese día se cumplía dos meses desde que se había ido del convento para servir a la duquesa. Esperaba con ansias el día en que llevaran los víveres de beneficencia, rogaba porque Olivia acompañara a los criados que bajaban todas las cosas que donaban a la caridad; pero, sobre todo, tenía tantas ganas de abrazarla y de contarle las buenas nuevas.

Cuando vio que del carruaje únicamente descendían los lacayos, la tristeza la comenzó a

invadir, caminó acercándose al carruaje para preguntarle al cochero si podía darle alguna información de su amiga. Mientras más se iba acercando, su corazón latía más frenético, el que suponía que era el cochero estaba de espaldas a ella, creía eso porque lo vio en cuanto llegó y detuvo el coche frente al convento; tenía la espalda ancha, sus manos descansaban en la cintura y tenía las piernas ligeramente separadas, todo en él destilaba autoridad, a lo mejor era un empleado de alta confianza del duque, porque si fuera su administrador no entendía por qué estaba manejando el carruaje. En la distancia se lograba apreciar su cabello negro que sobresalía por debajo del sombrero de copa. Sin saber por qué decidió que mejor no le preguntaría nada a él, caminó más despacio buscando a alguien que le diera información del paradero de su amiga; por suerte, un chico que debía de ser un mozo estaba cerca de donde ella caminaba.

—Disculpa —dijo tratando de llamar la atención del joven que en ese instante estaba tratando de cargar una pesada caja de verduras. En cuanto el joven levantó la vista al escuchar su voz, se detuvo en seco observándola con admiración y provocó que se sonrojara. Era la primera vez que alguien la miraba de esa forma—. Disculpe, ¿podría darme información sobre una doncella que trabaja en la casa de la duquesa?

—Claro que sí, señorita —dijo el muchacho, dejando la caja de verduras en el suelo y secándose las manos en un pañuelo que sacó de la bolsa de su pantalón—, ¿de quién se trata?

—Pues verá... —dijo muy nerviosa apretándose las manos, no sabía si metería en problemas a su amiga por preguntar por ella, en ese momento se dio cuenta de que tal vez no era correcto.

—Pregunte sin miedo, señorita, no delataré a su amiga.

El joven parecía honesto, así que la única manera de saber algo de Olivia era arriesgándose a confiar en él.

—Me preguntaba si puede darme alguna información de Olivia. Llegó a trabajar a la casa grande hace unas semanas, la duquesa la contrató como doncella.

—La verdad, señorita, no recuerdo haber escuchado que alguna doncella se llamara así, pero puede ser porque no estoy dentro de la casa más que para comer. Y ahora todo es un revuelo con la llegada de la hija de los duques.

¿La hija de los duques? Posiblemente por eso la duquesa había enviado los víveres en lugar de llevarlos ella personalmente como siempre lo había hecho; suspiró, pensando que si lo que decía ese hombre era cierto, tardaría en volver a ver a su amiga. La casa estaría con muchísimo trabajo. Una idea pasó por su mente: con la llegada de la hija de los duques, era seguro que necesitarían más personal en la casa, tal vez si se acercaba a hablar con el ama de llaves para preguntar si necesitaban otra doncella, conseguiría un empleo. Era feliz en el convento ayudando en el aprendizaje de los niños que vivían ahí, pero extrañaba a su amiga, y quería salir más allá de esas frías paredes de piedra. Su sueño de comenzar a abrir una escuela para niñas tendría que esperar un poco, antes necesitaba saber que Olivia estuviera bien.

Estaba a punto de dar la vuelta para regresar dentro del convento, cuando una voz masculina la dejó paralizada en el acto, todo su cuerpo se estremeció al escucharla.

—¿Qué está pasando, Richard? Por qué has dejado de entregar los víveres.

El mozo se puso en el acto a recoger la caja de verduras y emprendió camino sin siquiera decir una palabra. Comenzó a ponerse nerviosa porque sentía la presencia del hombre parado

detrás de ella, lo más correcto era darse la vuelta y disculparse por entorpecer el trabajo de los demás. Se giró sobre sus pasos para quedar frente a frente con el cochero, pero nada la podría haber preparado para tener un encuentro de esa magnitud, era el hombre más guapo que sus ojos habían visto.

Aunque ahora sus ojos grises la estaban fulminando, como si fuera la culpable de todas las desdichas que aquejaban a Londres. Marian no comprendía por qué estaba tan enfadado, pero lo mejor que podía hacer era pedir una rápida disculpa y retirarse.

—Discúlpeme, no fue mi intención entretener al joven.

Caminó lo más rápido que sus pies se lo permitieron y regresó a la seguridad del convento. Ese hombre la había alterado lo suficiente como para que sus manos temblaran. Llegó a la pequeña habitación que utilizaba desde que su amiga se había marchado, y corrió a la ventana para ver cómo seguían bajando las cajas de víveres. Ese hombre daba órdenes a diestra y siniestra; sin darse cuenta, se mordió el labio en un gesto de nerviosismo, no tenía la menor idea de lo que le pasaba, veía hombres cuando llegaban los víveres o si tenía que salir al mercadillo, pero ninguno de ellos provocó que su corazón se detuviera por unos momentos. Si ponía la mano sobre su pecho podía sentir el latido desbocado, sus manos temblaban y no era precisamente por miedo. Cerró los ojos recordando su mirada penetrante, aunque parecía que quería que desapareciera de la faz de la Tierra, ella se quedó impresionada.

Era una lástima que Olivia no estuviera ahí para poder contarle lo que sentía, debía buscar la manera de llegar a la casa de la duquesa para saber de su amiga, la extrañaba tanto, pero no tenía manera de comunicarse con ella; a lo mejor si le escribía una nota, y se la enviaba con el cochero... su mirada recayó en el carruaje, pero para su mala suerte, ya estaba emprendiendo camino de regreso. De cualquier manera, no creía que el cochero hubiera querido llevar la nota para una simple doncella y ni pensar en que su respuesta tardaría muchos días en llegar.

CAPÍTULO 3

Decepcionada de no poder ver a su amiga, se pasó la tarde ayudando en las labores del convento, pero decidió que en cuanto pudiera le diría a la madre superiora que quería trabajar en la casa grande, tal vez ella le conseguiría un empleo de manera más rápida. Era muy favorecida por la duquesa, tal vez ella le podría enviar una misiva a la duquesa pidiendo el favor de que la aceptara como doncella.

Claro, con lo que no contaba es que la madre superiora se pusiera enferma y se opondría rotundamente a ayudarla para conseguir ese empleo. Al parecer, había cogido unas fiebres espantosas que la dejaban agotada, pero Marian se negaba a tener que esperar por más tiempo para poder saber algo de Olivia; así que, aprovechando que las hermanas eran las encargadas del convento, pidió permiso para salir a visitar a su amiga. Las hermanas, que sabían de lo unidas que estaban, no fueron capaz de negarse a tal súplica. Aunque tuvo que rogar de manera insistente, por fin comenzaría el viaje para reunirse con Olivia.

El camino era largo y para llegar a la zona más concurrida de Londres tenía que caminar por varias horas, pero eso no se lo dijo a las hermanas para que no se preocuparan. Les aseguró que tomaría un coche de alquiler tan pronto como le fuera posible conseguir uno. Los pies le dolían de haber caminado mucho, tanto, que tuvo que detenerse varias veces por el camino para descansar. Nunca antes había hecho un viaje tan largo a pie y el camino no ayudaba mucho porque la gravilla le lastimaba la planta de los pies, y eso que llevaba puestos sus botines que le quedaban enormes, pero eran los zapatos más resistentes que tenía. Tenía que darse prisa si quería llegar antes de que cayera la tarde. Había salido al alba, así que esperaba estar a buena hora en la casa de la duquesa, de otra manera, estaría en problemas porque no tendría dónde pasar la noche.

Nunca un trayecto se le había hecho interminable como ese, pero si quería saber algo de su amiga bien valía la pena tanto esfuerzo. En cuanto llegó a lo más concurrido de la ciudad, se detuvo a descansar en un banquillo del parque que estaba alejado de la vista de la buena sociedad londinense que salían de paseo en sus caballos o en calesas. Se quedó maravillada con la muestra de opulencia y lujo con la que vivía la alta sociedad. En ese preciso instante estaba cautivada por los vestidos de las damas que, de manera primorosa, daban color al paisaje; sin querer, se miró su vestido color gris y sus botines que eran un número más grande; para su mala suerte, incluso estaban llenos de lodo. Suspiró pensando que deseaba tener otra vida, no es que anhelara pasarse la vida de fiesta en fiesta como lo hacían las damas de sociedad, pero lo que sí deseaba era tener una vida fuera del convento. A escondidas, leía ciertas novelas que había encontrado en la biblioteca donde gallardos caballeros llegaban a rescatar a damiselas en peligro y no es que se considerara una, pero el sentimiento que reflejaban en esas páginas parecía tan real que para Marian era casi imposible concebir un amor tan grande. El único cariño que tenía en la vida era el de Olivia, que era como su hermana, aunque no lo fuera de parentesco, el vínculo que las unía era mucho más fuerte que la sangre.

Se pasó una mano por su cabello tratando de acomodar un mechón que se había escapado de

su moño que llevaba bajo la nuca. Se levantó para acercarse a un charco de agua y tratar de limpiar sus botines. No quería llegar sucia a la casa de la duquesa y dar una mala imagen. Sintió que uno de sus botines se atoraba entre el pasto del parque, al jalar fuerte sintió cómo se despegaba la suela, mojando su pie por completo.

¡Fabuloso, ahora sí que llegaría hecha una auténtica pena! Salió arrastrando parte de la suela de su zapato y caminó por una de las veredas empedradas sin percatarse que detrás de ella caminaban un grupo de mujeres acompañadas por sus respectivas doncellas. Tan distraída estaba que no se dio cuenta de que llegaban a su altura y una de las damas la empujaba, provocando que cayera de golpe al suelo, mientras las demás se reían disimuladamente detrás de sus abanicos. Levantó la vista y se quedó paralizada al reconocer en ese grupo de mujeres un rostro demasiado familiar, la misma mujer que la había empujado era alguien tan cercana para ella que del asombro no fue capaz de decir una palabra. No podía ser, estaba segura de que su ansia por encontrar a su amiga la empujaba a imaginar cosas que no eran, la elegante dama que la había empujado nada tenía que ver con ella.

—¿Estás bien? —Escuchó que le decía una voz preocupada, giró la vista para ver que una de las doncellas que acompañaba a las mujeres le sonreía con amabilidad y por un instante sintió ganas de llorar. Volvió la vista al suelo para ver sus manos raspadas y llenas de lodo. En su mente no se dejaba de repetir el pensamiento de que tenía que estar equivocada. No podía ser cierto, pero esa mujer era tan parecida a Olivia que podría jurar que eran la misma persona—, ¿estás bien? —le preguntó la doncella de nuevo; esta vez la voz la sacó de sus pensamientos, se levantó con dificultad del suelo tratando de no mostrar el dolor por la caída.

—Claro —dijo limpiándose las manos en la falda de su vestido dejándola sucia, pero ya nada le importaba, de cualquier manera, llegaría hecha una pena—, soy una torpe, seguramente he tropezado con la gravilla.

Ambas sabían que no era cierto, pero no podían decir nada en contra de sus señoras, ya que llevaba el riesgo de ser despedidas o incluso llevarse un buen castigo. La doncella, al ver su zapato despegado, frunció los labios en una fina línea como si desaprobara su aspecto. Por suerte no dijo nada, Marian la miró con detenimiento, era una chica muy joven, posiblemente tendría unos dieciséis años. Sus mejillas regordetas sonreían con amabilidad.

—Me llamo Molly, me tengo que marchar o mi señora se pondrá furiosa.

—Estoy bien, no te entretengo más. —El grupo de mujeres estaban lo bastante lejos como para que Molly las alcanzara, pero esta con un gesto de asentimiento se puso a correr hasta ponerse a la altura de las demás doncellas. Después de perder de vista a aquellas mujeres, se dio cuenta de que estaba obstruyendo el paso de los pocos que pasaban por el camino.

Tenía la cabeza hecha un lío, podría jurar que la mujer que vio caminando con un vaporoso vestido color rosa, era su amiga Olivia, pero estaba segura de que eran imaginaciones suyas, porque, ¿de dónde sacaría ella un vestido tan lujoso, por no hablar de que estaba acompañada por distinguidas mujeres como si fuera una dama de la alta sociedad? No, estaba segura que su imaginación la había traicionado, las ganas por saber algo de ella estaban haciendo estragos en su mente.

Trató de serenarse y dejó de pensar en esa mujer que había visto minutos antes, decidió que lo

mejor era seguir su camino y terminar con su cometido. Como no sabía dónde estaba la casa de los duques, fue preguntando en los puestos del mercadillo. Algunas personas la miraban recelosas y otras, en definitiva, la ignoraban. Al pasar por un espejo que estaba en una puerta principal de una bonetería se dio cuenta de su lamentable aspecto. Ahora entendía por qué la miraban con desconfianza, literalmente parecía una vagabunda.

Una muchacha que vendía flores en una esquina, fue la única que la ayudó a llegar a la casa donde trabajaba su amiga; por suerte, ella surtía todas las mañanas las flores para el ama de llaves de esa casa y no tuvo ningún problema en llevarla hasta la puerta por donde entraba la servidumbre. Ya con el simple hecho de ver la hermosa casa estilo georgiano, que era digna de admiración, le provocó que los nervios la atacaran. Con paso vacilante se acercó a la parte trasera de la casa, donde el movimiento dentro de las doncellas y lacayos era frenético, como si fueran a tener una celebración de gran magnitud. Detuvo a una doncella que caminaba apresurada cargando una enorme cesta de sábanas blancas.

—Disculpa, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Dígame —dijo la muchacha mirando de reojo a la puerta de la casa, como si por el simple hecho de estar detenida con ella la fueran a reprender.

—¿Sabes dónde puedo localizar a Olivia? —preguntó buscando con la mirada a su amiga por los alrededores.

—¿Olivia? No conozco a nadie con ese nombre, señorita.

—¿Estás segura? —preguntó Marian desesperada por tener alguna respuesta. Su amiga no podía haber desaparecido, así sin más. Alguien tenía que haberla visto en cuanto llegó a la casa a trabajar—. Tuvo que haber llegado con la duquesa hace semanas. Venía a trabajar como doncella al servicio de su excelencia.

La doncella pareció pensar bien su respuesta, como si tratara de recordar un detalle importante que se le estuviera escapando.

—No lo creo, señorita, el día que la duquesa llegó fue muy ajetreado, al parecer, la asaltaron en el carruaje donde venían, le iban a disparar a su hija y la duquesa se interpuso.

Estaba a punto de replicar que la duquesa no tenía ninguna hija, pero decidió mejor callárselo porque, a fin de cuentas, ella no sabía nada de lo que se suscitaba entre la buena sociedad.

—¿Quién podrá informarme? —preguntó mirando a todos lados.

—Pues, solo que pase hablar con el ama de llaves, a lo mejor ella sabe si la enviaron a servir a otra casa. —Las palabras de la doncella se perdieron en el bullicio de los demás empleados al entrar en la casa, pero Marian estaba con la mirada perdida en algún punto fijo y ese punto no era otro más que su amiga, sí, esa mujer a la consideraba su hermana, la imagen que sus ojos estaban viendo la descolocaba completamente. Olivia estaba de pie observando a través de una de las ventanas de la casa, miraba a todos lados como si buscara algo, estaba vestida con el mismo atuendo con el que se la encontró de paseo junto con las demás damas de la nobleza. El mismo atuendo de la mujer que la había empujado sobre la empedrada vereda para que cayera al suelo. Sus miradas se encontraron y en sus ojos pudo ver el nerviosismo que la embargaba. Su amiga le hizo una seña para que la esperara y después desapareció de la ventana dejándola confundida.

CAPÍTULO 4

Después de unos minutos que a Marian se le hicieron eternos, Olivia salió por una puerta lateral de la casa y la llamó para que se acercara; por su mente comenzó a pasar una idea descabellada, recordó el día que Olivia le dijo que se haría pasar una dama de sociedad para conseguir casarse con un noble. Un miedo la comenzó a recorrer; sabía que si descubrían a Olivia corría el riesgo de que la condenaran a prisión o incluso podría terminar colgada en la torre de Londres.

—¡Apresúrate, Marian!, ¿es que quieres que alguien te vea? —La urgencia con la que la llamaba, hizo que se diera prisa, aún no podía creer cómo Olivia era capaz de engañar a esas personas.

En cuanto pasó por la puerta la condujo a un cuarto pequeño, era una salita decorada en tonos color rosa con flores de color violeta que a ella le encantó, los sillones tenían un tapizado primoroso que hacía juego con las paredes. Todo en esa habitación decía que la familia tenía dinero, mucho dinero. Eso le llevó a recordar el motivo por el que estaba ahí y recordar que necesitaba explicaciones.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? Es una locura lo que pretendes hacer. Cuando me contaste tus planes jamás imaginé que los llevarías a cabo —dijo exaltada, ¿es que acaso su amiga no comprendía la magnitud del problema?

—¡Cálmate! —dijo su amiga, mientras la tomaba del brazo y la llevaba hasta un sillón—. Toma asiento, ¿qué planes crees que estoy llevando a cabo?

—Los de hacerte pasar por una dama de sociedad para encontrar un marido con dinero. ¿No entiendes el peligro que estás corriendo al mentir a la buena sociedad? —dijo alterada.

—Tranquila, que no le estoy mintiendo a nadie. —Escuchó que decía Olivia, al girar la vista y ver su rostro, se dio cuenta de que sonreía como el gato que se comió al ratón—. Prepárate para esta noticia que te voy a dar. —Su amiga se sentó a su lado en el mullido sofá y le tomó de las manos mientras la miraba fijamente a los ojos—. Marian, he encontrado a mi verdadera madre.

De todas las respuestas que le pudo dar, esa era la que menos se esperaba. Si alguien le hubiera dicho que alguna de las dos encontraría a su familia, se echarían a reír como si fuera la frase más divertida. Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta como si un nudo se le hubiera instalado en el pecho, tenía un sentimiento muy extraño, se alegraba mucho por su amiga, era una excelente noticia que tenían que festejar, pero algo muy dentro de su corazón no la dejaba ser completamente feliz por Olivia y solo tenía una sola palabra para ese sentimiento: envidia.

—¿Es que acaso no te alegras, Marian? —preguntó su amiga ante el silencio que reinaba la salita.

—No es eso, me ha tomado por sorpresa —dijo sonriendo, tratando de ocultar su tristeza.

—Cuando te cuente cómo fue el encuentro, no te lo vas a creer.

En ese momento, su mente comenzó a registrar la magnitud de lo que le había cambiado la vida a su amiga. Si Olivia estaba viviendo en la casa de los duques, eso quería decir que su

amiga era la hija que habían perdido años atrás.

—¿Cuéntame cómo fue? —A pesar de sentir que una tristeza la embargaba trató de sonreír, era lo menos que podía hacer.

—Fue todo tan de sorpresa, ¿recuerdas que tengo un lunar en forma de estrella?, aunque casi no se me nota porque siempre llevo puesto mi camafeo. Bueno, pues en el trayecto para la casa, nos atacaron unos asaltadores de caminos y cuando me pedían que les diera el collar me lo tuve que quitar, dejando al descubierto mi lunar; la duquesa, al verlo, comenzó a llamarme hija, llorando desconsolada. Eso distrajo a los asaltadores, mientras que el cochero y los lacayos sacaban sus armas, lo único malo es que los bandidos no se daban por vencidos de irse sin su botín y por querer quitarme el camafeo, intentaron dispararme. La duquesa se interpuso entre nosotros y salió malherida. —Ahora todo tenía un sentido, mejor suerte no podía tener su amiga, ser hija de los duques de Brentwood era más que un sueño para ella.

—¿Qué pasó con la duquesa? Nos extrañó que en esta última entrega de víveres no fuera ella en persona.

—Madre no sale mucho, ha estado convaleciente después del disparo. Y padre tiene la salud delicada desde hace años. Aunque con mi llegada dicen que ha vuelto a la vida.

Era sorprendente cómo una persona que había crecido sin familia, ahora nombrara a dos seres como madre y padre con tanta naturalidad. Ahora las cosas serían distintas. La melancolía le comenzó a invadir al descubrir que había perdido a su amiga para siempre, ahora pertenecían a dos mundos distintos y esa sería la despedida de una amistad de toda la vida.

—Me alegro mucho por ti, porque si alguien merece tener un hogar con unos padres que la quieran, esa eres tú, Olivia. Pero supongo que esto es un adiós para nuestra amistad.

—¿Por qué dices eso? —Olivia, por un momento, se vio desconcertada.

—Porque la hija de un duque no puede ser amiga de una huérfana.

—A lo mejor padre puede ayudarte a buscar un lugar donde trabajar.

Marian estaba a punto de decir que por el momento estaba bien en el convento, cuando la puerta de la pequeña salita se abrió, dando paso a la duquesa que llegaba con un primoroso vestido verde oliva con bordados en color negro. Marian se levantó de golpe del sillón, para hacer una reverencia.

—Su excelencia —dijo casi en un murmullo. Nunca se había atrevido a hablarle a la duquesa, siempre eran las hermanas del convento las que hablaban y ellas se dedicaban solamente a mantenerse de pie mientras agachaban la cabeza o realizaban una reverencia.

—¿Quién es tu acompañante, Olivia? —preguntó la duquesa mirándola fijamente.

—Es una compañera del convento, en realidad, se trata de mi mejor amiga, Marian.

—De acuerdo —dijo la duquesa con gesto condescendiente—. Marian, si eres amiga de mi hija, sois bienvenida a esta casa.

—De hecho, madre, quería pedir su consentimiento para que Marian sea mi nueva doncella.

Las palabras de Olivia la dejaron muda, todo lo que estaba pasando en ese momento la estaba dejando aturdida, la actitud de su amiga era fría y superficial, no era en ningún momento la que correspondía con la personalidad de ella, es como si frente a la duquesa, Olivia se convirtiera en otra persona.

Por mucho que Marian quiso negarse a trabajar en la casa grande como doncella de Olivia, al final la duquesa terminó convenciéndola. Por supuesto, ella nunca había desempeñado las labores de doncella y estaba perdida en lo que eran sus obligaciones, si bien era cierto que en el convento las formaban para entrar a trabajar en las casas de los señores, no estaban preparadas para ocupar grandes cargos como lo era ser doncella principal.

La habían instalado en una de las habitaciones del servicio que estaban ubicadas en la tercera planta, para que pudiera estar más cerca de *lady* Olivia. Los demás miembros del servicio la miraban como si fuera una apestada, e incluso llegó a escuchar comentarios sobre que ciertas personas tenían preferencias dentro de la casa. Al pensar en que debía referirse a su amiga ahora con su título aristocrático, casi le dieron ganas de reír. Toda la vida conviviendo con alguien que pertenecía a otro mundo, lamentaba que su amiga tuviera que pasar por esa infancia tan difícil, pero a partir de ese momento sus vidas habían cambiado para siempre. Los primeros días se limitaba a servir solamente a Olivia en lo que ella le pedía, prácticamente tenía que ser su sombra y estar a su entera disposición todo el día y la noche.

A veces, le desconcertaba el comportamiento de Olivia, trataba a la servidumbre de la casa de mala manera, siempre estaba gritando y llamando tontas o estúpidas a las doncellas cuando no cumplían con los caprichos que ella pedía. Marian pensaba que eso se debía a los nuevos lujos a los que se estaba acostumbrando, al ser hija de un duque se le estaba permitido ver a los demás con suficiencia.

Casi no podía platicar con su amiga porque tenía una vida social muy ocupada y, eso que aún no era presentada en sociedad. Suspiró tocando el precioso vestido con volantes en color lila, el cual era una verdadera obra de arte. Con mucho cuidado lo dejó sobre el respaldo de la silla del tocador. En unos minutos tenía que despertar a Olivia de su siesta, se acercó al enorme ventanal para correr las pesadas cortinas y, sin querer, su mirada fue a parar al carruaje que acababa de llegar; del pescante de este descendía el cochero que había visto en el convento.

Sin saber por qué, su corazón comenzó a latir más rápido. Sin temor a saberse descubierta lo observó con detenimiento: era muy alto y fuerte, se notaba que realizaba tareas pesadas. A Marian se le cortó el aliento al ver cómo miraba en dirección a la ventana donde estaba ella, era como si de alguna manera se sintiera observado, para su mala suerte el cochero dio la media vuelta y entró en los establos donde uno de los lacayos ya había desenganchado los caballos.

Era la primera vez que tenía ese tipo de sensaciones, nunca en su vida la presencia de un hombre le hizo que la piel se le erizara incluso estando en la lejanía, pero debía dejar de tener esos pensamientos, ella se encontraba ahí para estar junto a su amiga, sirviendo para ella, así que lo mejor era que se olvidara de ese hombre por su bien. Escuchó que las sábanas de la cama se movían sacándola de sus pensamientos. Era hora de despertar a su señora.

—¿Estás despierta, Olivia?

CAPÍTULO 5

—¡Eres la más estúpida de las doncellas! —Escuchó que decía Olivia. Su vestido tenía un doblez que ella no había visto, tal vez al momento de ponerlo sobre la silla uno de los volantes se había quedado prensado entre las múltiples capas de tela.

—Discúlpame, Olivia, no quise que sucediera eso —dijo Marian tratando de alisar los faldones para que no se siguiera marcando los volantes de la falda.

—Tal vez si no hubieras estado como una boba mirando por la ventana, te habrías percatado de que mi vestido no estaba listo. Tengo un té con la condesa de Bournemouth. ¡¡No puedo ir así!!, ¡¡ eres una estúpida!! —los gritos se debían de escuchar por toda la casa. Olivia siempre fue una persona de carácter muy fuerte, incluso algunas veces cuando se enojaba estallaba en cólera, pero nunca en su vida la había insultado de esa manera.

La puerta de la habitación se abrió dejando ver a la duquesa que se acercaba a comprobar que su hija estuviera bien.

—¿Qué sucede, cariño? —dijo la duquesa preocupada, mirándola como si fuera una serpiente venenosa que estuviera a punto de atacar a su pequeña.

Ante el asombro de las dos, Olivia rompió a llorar desconsolada. La duquesa se acercó a ella para calmarla y Marian únicamente pudo murmurar una disculpa realizando una torpe reverencia, para después salir de la habitación. Sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. Olivia era como su hermana, y Marian daría la vida por ella si fuera necesario. La frialdad con la que la había tratado y la manera en la que la insultó prácticamente como si fuera menos que una criada, era algo que no podía soportar.

Por su mente pasaron las imágenes de cuando ellas eran pequeñas, de las mil y una travesuras que vivieron en el convento, de cómo se consolaban cuando eran castigadas, aunque la mayoría de las veces se metían en problemas por culpa de Olivia, pero ella soportaba los castigos porque ante todo eran hermanas, y solo se tenían la una a la otra. Pero ahora parecía que a la mujer que consideraba su hermana, la apartaba a un lado para dejarse envolver en la buena sociedad. No podía culparla, cualquiera en su situación estaría encantada de vestir de manera elegante, envuelta en preciosas telas, siendo halagada por los caballeros para convertirse en la esposa de alguno de ellos.

Salió corriendo de la casa con dirección a la parte donde se encontraban los establos, sin importarle si alguien la miraba, no sabía por qué se sentía de esa manera tan sensible. Trataba de contener las lágrimas, pero fue imposible, la vista de pronto la sintió empañada por el llanto, de manera que no se dio cuenta de que alguien estaba parado en su camino, lo que provocó que chocara con una pared sólida o eso es lo que ella creía, pero, en definitiva, tuvo tan mala suerte que cayó en seco en el suelo. La espalda le dolía horrores, trató de levantarse, pero el dolor era más fuerte.

—¿Está usted bien? —esa voz la reconocía perfectamente. Gimió interiormente pensando que no podía quedar más en ridículo que en ese momento. Olivia le repetía de manera constante que debía llevar pintado en la frente la palabra peligro, no entendía cómo es que era tan patosa. Las

palabras se quedaron atoradas en su mente y cerró los ojos como si con eso el hombre que tenía delante de ella fuera a desaparecer.

No supo cuánto tiempo estuvo en esa posición, solo cuando sintió que unas manos la levantaban como si no pesara nada, tomándola de la cintura, abrió los ojos desmesuradamente. En cuanto estuvo con los pies sobre la tierra, se giró para comprobar que no se equivocaba, ahí estaba el hombre que trabajaba como cochero en la casa, mirándola con una sonrisa ladina. Se quedó tan asombrada, tenía los ojos de color gris, algo que ella nunca había visto, la nariz perfilada junto con unos labios gruesos hacía que su rostro pareciera tallado por algún escultor de esos que había escuchado que estaba de moda. Ella había visto esculturas en los libros de la biblioteca del convento, y ese hombre era mucho más guapo de lo que le había parecido en su primer encuentro.

Se repitió que seguramente su amiga tenía razón, ya que en ese momento parecía una tonta. Lo correcto era que se alejara pidiendo una disculpa, pero literalmente estaba atrapada en su mirada.

—Discúlpeme —fue lo único que pudo decir de forma coherente. Por más libros sobre protocolo y buenas costumbres que se supiera de memoria, en ese instante su mente estaba en blanco.

—¿Se hizo algún daño?, lamento haberla tirado al suelo. —Un frío le recorrió desde la cabeza hasta la punta de los pies al escuchar su voz.

—Descuida... perdón..., quiero decir, descuide —dijo, sintiendo que se le enredaban las palabras—, fui yo la que venía distraída. Pero no volverá a pasar. —Sentía algo muy raro en la boca del estómago, el aire comenzaba a faltarle y por un momento pensó en que posiblemente se desmayaría.

—¿Por qué venía huyendo? —Volvió a escuchar que preguntaba el hombre. No podía contarle a ese desconocido lo que había sucedido con Olivia, principalmente porque su amiga se enfadaría, y en segundo lugar porque ella no huía de nadie. Solo necesitaba espacio.

—No huía señor, solo quería tomar un poco de aire.

—No me digas señor. Llámame Robert.

Marian pensó que hasta su nombre era bonito, el sonido de su voz le provocaba pequeños estremecimientos por todo el cuerpo, que prácticamente la hacían tiritar. Era algo tan extraño, que no sabía describirlos, únicamente podía sentir el desbocado latido de su corazón retumbar en sus oídos.

—No sé si será lo más correcto, ambos trabajamos en la casa y no quiero tener ningún problema.

—¿Trabajas en la casa?

—Soy la doncella de *lady* Olivia. —Al recordar a su amiga las ganas de salir corriendo de ese lugar se apoderaron de ella, pero Robert estaba parado sobre el camino impidiéndole salir huyendo, sus mejillas seguramente estarían de un color rojo que no la favorecía en absoluto. Odiaba sentirse delatada por el rubor que la cubrió cuando se sentía atrapada.

Robert se le quedó mirando sin decir una palabra. Marian estaba a punto de dar vuelta atrás cuando escucharon unos pasos acercándose. El jefe de cuadras llegó corriendo, así que fue la

oportunidad perfecta para salir huyendo ella también.

Caminó con paso apresurado hasta llegar a un lugar apartado que era el linde con un lago cristalino, la distancia hasta llegar a ese lugar se le figuró tan corta, pero por lo que sabía, el lago estaba bastante retirado, unas rocas de gran tamaño cubrían una parte del lago dando cierta intimidad. Se acercó para sentarse junto a ellas, quedando fuera de la vista de cualquier persona que tomara ese camino.

El agua realmente parecía tener brillo propio, aunque en realidad era la luz resplandeciente del sol. Vio maravillada cómo se formaban pequeñas ondas dentro del agua, si detenía la vista por un segundo en los rayos que se reflejaban en el lago podía ver las motas de polvo que parecían flotar. Marian admiraba mucho los paisajes y le encantaba estar al aire libre, pero sobre todo disfrutaba de la paz y tranquilidad que la naturaleza le brindaba.

Suspiró recordando la razón por la que estaba ahí, no era la primera vez que Olivia la trataba de una manera tan cruel, pero nunca le había dolido tanto como en ese día. Normalmente, su amiga siempre le decía que era torpe para hacer algunas cosas y Marian, por no crear conflicto con ella, simplemente no decía nada, claro que Olivia siempre fue muy astuta, después le pedía perdón por haberle hablado de esa manera y ella, como la adoraba, siempre terminaba por aceptar sus disculpas.

Se quedó mirando el agua pensando en todo lo que había compartido con su amiga. Su carácter era muy fuerte, pero siempre se complementaba con el de ella que era más bien dócil, así no tenían ningún problema a la hora de congeniar, ya que Marian era la que trataba de mantener la calma y no darle importancia a los arranques que su amiga tenía.

A lo mejor debía marcharse de esa casa. Olivia casi se había impuesto para que ella se quedara, así que su desprecio y malos tratos la tenían desconcertada. No debía olvidar su sueño de abrir una escuela para señoritas, tal vez si se marchaba de ahí y buscaba ayuda en el convento, ellas le dirían a quién acudir para que le ayudara a financiar su proyecto. Ella quería con toda el alma a Olivia, pero no estaba dispuesta a seguir soportado su carácter.

No supo cuánto tiempo estuvo en ese mismo lugar, solo cuando sintió que el fresco de la tarde comenzaba a hacerse presente, fue consciente de que era la hora de volver. Ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba todo el día sin probar alimento, tan absorta como estaba en sus pensamientos.

Otro pensamiento que no la abandonaba era el nombre de Robert. Había leído en algunas novelas la descripción del encuentro entre enamorados cuando se miran la primera vez y aunque para ellos ese era el segundo encuentro, Marian sintió la misma desazón que en su primer acercamiento.

Y si tenía que hacer alguna comparación con lo que había leído y escuchado, las emociones que ella sintió no tenían nada que ver con lo que ella creía que experimentaría al estar frente a un hombre. Sonrió pensando que tal vez se estaba volviendo una romántica soñadora, pero eso no era para ella, tenía los pies puestos sobre la tierra, el puesto de doncella principal era suyo por pura beneficencia, y todo el servicio lo comentaba y la miraban con recelo. De hecho, a veces tenía unas ganas locas de salir corriendo de esa casa y volver a meterse en el convento.

El camino de regreso ahora parecía interminable y tuvo que apresurar el paso porque de otra

forma la noche la sorprendería en medio de la espesa oscuridad. Únicamente se escuchaba el murmullo de los grillos y el cantar de alguna ave nocturna, y eso que aún estaba cayendo la tarde. Después de mucho caminar, casi lloró del alivio al ver la casa con las luces encendidas. Corrió la distancia que los separaba y entró por la puerta del servicio.

—¡Ey, tú! —Escuchó que le gritaba Susan, que era el ama de llaves. Se giró sobre sus talones y agachó la cabeza tal y como lo había practicado en el convento. Aunque estaba ahí en un puesto superior, tenía que rendirle obediencia al ama de llaves—. ¿¿Dónde se supone que estabas, *chamaca* estúpida?! —Dios, estaba en un gran problema, esa mujer estaba enojada y había comprobado que todos los empleados le huían cuando estaba de mal humor. Pero Marian no había hecho algo que pudiera molestarla. Bueno, tal vez no debería haberse perdido todo el día en el lago en lugar de estar realizando sus tareas.

—Discúlpeme, Susan, salí a tomar un poco de aire fresco y me perdí, apenas pude encontrar el camino. —La mujer estaba roja del coraje, pero el que estuviera ausente no era como para que la señora montara en cólera.

—¡Mira, niña estúpida! —El ama de llaves la tomó del brazo para llevarla a un rincón apartado de la cocina—, ¡escúchame bien, niñita!; tal vez piensas que, porque *lady* Olivia es tu amiga, vas a tener aquí privilegios, pero estás equivocada. Tienes que trabajar igual que todos los demás, si no quieres que te pongan de patitas en la calle. ¡Ahora sube a las habitaciones que *lady* Olivia lleva buscándote todo el día! —La soltó del brazo empujándola, provocando que se golpeará contra una mesa. Marian, sorprendida, se alejó de ahí y caminó con paso apresurado a la habitación de Olivia. Antes de entrar se detuvo un momento para retomar la cordura; como bien le había dicho Susan, en esa casa no era más que una empleada y como tal se tenía que comportar.

Tocó suavemente en la puerta, y esperó hasta que la voz de Olivia le dio autorización de pasar.

—Adelante.

CAPÍTULO 6

Entró en la habitación y todo estaba en penumbras, así que supuso que Olivia tenía una de sus muy famosas jaquecas que la afectaban desde que había llegado a esa casa. Caminó con paso cauteloso tratando de hacer el menor ruido posible, por nada quería desatar la furia de su amiga. Olivia estaba recostada sobre la cama, cubierta hasta la cabeza. Se acercó para avivar el fuego de la chimenea que casi se extinguía. Un leve movimiento en la cama la alertó de que tal vez había hecho mucho ruido.

—¿Estás aquí? —Había algo de disculpa en el tono de voz de su amiga, pero como ella no era más que una empleada, siguió con su tarea de avivar el fuego—. ¡Marian!

Se giró para observar que su amiga tenía la voz congestionada y el rostro cubierto de lágrimas, dejando de lado la promesa de mantener las distancias con ella; se acercó a la cama preocupada por su amiga.

—¿Qué sucede, Olivia? —Su amiga, en lugar de calmarse, comenzó a llorar más fuerte, tenía la voz entrecortada y Marian no comprendía ninguna de las palabras que le decía entre sollozos—. Me estás asustando, Olivia, ¿qué sucede? ¿Estás enferma?

—¡No me dejes, Marian! —Esas palabras la dejaron sin aliento, por un momento pensó que Olivia estaba enferma. Su amiga no paraba de llorar; ella, que era una tonta sentimentalista, sin poder soportarlo la abrazó tratando de consolarla.

—Qué cosas estás diciendo, Olivia, sabes que jamás te abandonaré.

—Perdóname, Marian, no fue mi intención hacerte pasar un mal rato. No sé qué me ha pasado, de verdad que no quería tratarte de esa manera, eres mi única familia. —Estuvo un rato tratando de que Olivia dejara de llorar, pero parecía una tarea imposible, se veía realmente afectada—. Me perdonas, ¿verdad, Marian?, dime que me perdonas y que no te marcharás de la casa.

Marian suspiró tratando de serenarse, por más que su amiga la hiciera enfurecer, ella siempre terminaba cediendo a sus caprichos.

—Olivia, sabes que no me marcharé de aquí. Prometimos que siempre estaríamos juntas, somos hermanas, ¿recuerdas?

El llanto de Olivia comenzó a cesar; después de un rato, Marian se alejó de ella para volver a avivar el fuego. Buscó un pañuelo y lo humedeció con el agua que estaba en un jarrón junto a una palangana, le dijo a su amiga que se recostara y se lo puso en la frente para que se relajara. Se sentó junto al cabecero y comenzó a acariciar el cabello de su amiga.

—¿Recuerdas cuando te dije que lograría casarme con un príncipe o un duque? —Escuchó que decía su amiga y por cómo se le estaban dando las cosas en su vida no dudaba nada que pronto se anunciara su compromiso con alguien de la nobleza.

—Lo recuerdo —le dijo, sin dejar de acariciar su cabello, sonrió recordando las mil y un ideas alocadas que se les ocurrían cuando vivían en el convento—. No me irás a decir que ya estás comprometida.

Un silencio se cernió sobre ellas apoderándose de la habitación. Marian pensó que su amiga

solo estaba pasando por momentos difíciles al adaptarse a su nueva familia y la comprendía, porque no era fácil llegar a un mundo totalmente desconocido, donde al menor error, la menor provocación, una palabra mal pronunciada, o tal vez una acción que no fuera acorde a lo que una dama tenía que hacer, y sería su perdición. Marian sabía que con eso bastaba para que la buena sociedad londinense les diera la espalda, sin importar que fuera hija de un duque. Pero lo que no se esperaba es que comprometieran a su amiga tan pronto.

—Aún no es un hecho, pero madre y padre me han dicho que un buen amigo de ellos está buscando esposa. Y en cuanto me presenten en sociedad nos darán tiempo para conocernos. Si las cosas salen bien formalizaremos el compromiso.

Marian suspiró de alivio, no era novedad que entre la nobleza los matrimonios fueran concertados por los padres, sin dar ninguna oportunidad de elección a las mujeres.

—¿Y es guapo? —preguntó tratando de aligerar el ambiente—, recuerdo que decías que sería el más guapo de la ciudad y que las damas se morirían de la envidia.

—Aún no nos presentan, de hecho, está en un viaje por el continente, padre dice que es un caballero en toda la extensión de la palabra y que tiene muchos negocios que atender.

—No debes preocuparte por nada, aún falta mucho tiempo para que llegue tu presentación.

—Madre ha dispuesto que en tres meses será mi presentación; en cuanto empiece la temporada.

—Tenemos suficiente tiempo para que estés preparada para tu gran noche, ahora deja la tristeza atrás, tienes que estar presentable para la cena.

—Perdóname de nuevo, Marian, no volveré a tratarte de esa manera, eres mi hermanita.

Marian vio cómo Olivia se levantó de la cama para lavarse la cara en la palangana. Se apresuró a sacar del armario el vestido que luciría en la cena. Al tocar la suave tela del vestido de volantes, volvió a sentir esa punzada de envidia que la recorría al ver sus ropas tan opacas y sin vida. En su mente no dejaba de repetirse la frase que Olivia acababa de decir, era cierto, eran hermanas, si bien no lo eran de sangre, pero sí de corazón.

Se apresuró a ayudarla a ponerse todas las capas de ropa que tenían que cubrir su cuerpo, le hizo un peinado primoroso que dejaba ver su pelo castaño en un recogido dejando unos rizos descansando en uno de sus hombros. Su amiga era realmente hermosa, y verla convertida en una dama le provocaba una chispa de nostalgia. Quería regresar al pasado y volver a la etapa donde ambas corrían por el convento en busca de luciérnagas.

Después de que terminó de ayudar a Olivia, bajó a la cocina por si se ofrecía algo en lo que ella pudiera ayudar. El ama de llaves la miraba de manera heladora mientras le tendía las charolas de plata donde llevaría la cena. Ella nunca participaba en esa actividad, pero dado que había estado fuera de la casa todo el día, ahora tenía que reponer las horas de trabajo que no realizó. Entró en el amplio comedor cargando el recipiente de la sopa; pesaba mucho, aunque por suerte para ella no hubo ningún incidente mientras le servían. Dejó la charola en la cocina, pues otras de las doncellas ya estaban por servir el plato fuerte. El ama de llaves la miraba como si fuera la persona más estúpida del mundo y ya se estaba comenzando a mosquear por esa actitud tan prepotente.

—¡Tú, niñita!, lleva la charola con los postres. —Frente a ella apareció una charola con

diferentes tartas y pastelillos de fruta. Se notaba que la cocinera se había esmerado. Se dio la vuelta para salir, pero justo cuando había dado unos pasos adelante, una de las doncellas le puso una zancadilla tirándola con todo y los postres. Levantó la mirada para comprobar de quién se trataba, y se dio cuenta de que era Marla, una de las doncellas inferiores la cual se estaba burlando de ella después de dejarla tendida en el suelo. Cerró los ojos porque el golpe que se llevó le dolía, pero la voz de Susan la puso en tensión.

—¡Eres una estúpida! No puedes hacer nada bien. ¡¡Levántate!! —la voz del ama de llaves le provocó un estremecimiento, sabía que por ese error recibiría un castigo. Estaba tan asustada que fue incapaz de moverse—. Así que no te vas a mover. Marla, levántala y sostenla. Vamos a enseñarle a esta niña estúpida cómo se debe trabajar.

Antes de que se diera cuenta estaba de pie frente a Susan que la miraba con un brillo triunfal, mientras Marla y otra de las doncellas la sujetaban fuertemente. No supo de dónde, pero de repente, Susan tenía en la mano un pequeño látigo.

—Más te vale que no grites, ni vayas llorando con la señora porque te puede ir peor, niña.

Susan se dio la vuelta para quedar detrás de ella, cerró los ojos imaginando lo que esa mujer le haría. Las demás doncellas que estaban en la cocina la miraban y se reían de ella. En ese instante tuvo claro que nadie la iba a ayudar. El resquemor del primer golpe en la espalda la dejó sin aliento, quería gritar, pero si lo hacía, el castigo sería peor. Y muy posiblemente terminaría en la calle después de eso. Con el segundo golpe prácticamente sentía que la piel se le iba caer a pedazos y eso que tenía la tela del vestido para protegerla. El objeto con el que la mujer le estaba pegando debía de ser muy duro porque dolía demasiado. Cuatro azotes fueron los que tuvo que soportar por haber tirado la bandeja de los postres.

—Deja de llorar, niña. ¡Ahora, lárgate a tu habitación! —Ni siquiera fue consciente de que estaba llorando. Marla y la otra doncella la empujaron para que caminara, provocando que arqueara la espalda de dolor.

—Cuidadito con ir a llorar a la duquesa o a *milady*, porque igual un día de estos no amaneces viva.

Aturdida como estaba, no tenía ni la menor idea de lo que había hecho mal para que esas personas la trataran de esa manera. Sin saber cómo llegó a su habitación y se tumbó boca arriba en la cama, cerró los ojos apretando los puños por el dolor lacerante que sentía, era como si mil agujas le traspasaran la piel.

Tenía que largarse cuanto antes de ahí, de otra manera, corría el riesgo de que le hicieran algo mucho peor. ¿Cuál era su pecado?, ella pensaba que la trataban mal por ser amiga de Olivia, pero Marian de eso no tenía la culpa, había sufrido en ese lugar al igual que su amiga, claro que eso ellas no lo percibían, solo veían en ella a una doncella que había sido favorecida por su excelencia; si pudiera, se marcharía en ese instante. Cerró los ojos dejando que el sueño mitigara el dolor que sentía, se decía que al día siguiente sería un día mejor, pero se estaba engañando a sí misma, porque los demás sirvientes nunca la tratarían bien, ni siquiera la habían dejado comer.

Durmió lo poco que se lo permitió el dolor, y cada vez que lograba profundizar el sueño, unos ojos grises invadían su pensamiento mirándola a veces preocupado y otras fulminando como si fuera la culpable de todos los males que aquejaban a toda la casa. En sus sueños vio cómo una

pareja estaba parada frente a ella, pero no podía distinguir sus rostros, ellos la llamaban como si fueran sus padres, los tenía tan cerca, pero había una espesa neblina que le impedía estar junto a ellos. La mujer estiraba los brazos llamándola, pero por más que Marian intentaba llegar hasta ellos, algo la detenía, se giró para ver a Olivia detrás de ella llamándola desesperada, diciéndole que no la abandonara, que era su hermanita, que la necesitaba. Aunque Marian trató de explicarle que debía ir con su familia, esta le dijo que si se marchaba la iba a perder para siempre. Su rostro pálido y sin vida la hizo estremecer, esa no era la Olivia que ella conocía. Un miedo la recorrió al tener que decir a quién seguir, si a su familia o a su amiga. De pronto, unos ojos grises la miraban sonriendo, se dio cuenta de que era Robert que la llamaba desde el lado donde antes habían estado su padres y le decía que fuera hasta donde él estaba, pero la imagen de Olivia tendida en el suelo sin vida la hizo correr en su dirección, mientras Robert y sus padres desaparecían para siempre.

Una lágrima rodó por su mejilla al saber que los había perdido pero su amiga era lo único certero que tenía en la vida. Despertó sobresaltada para darse cuenta de que aún estaba oscuro, volvió a cerrar los ojos dejándose llevar por el sueño a pesar del dolor.

CAPÍTULO 7

La luz del amanecer se filtraba por la ventana dejando ver que la mañana ya estaba por caer. Marian se levantó de la cama sintiendo un dolor espantoso en la espalda. A su mente llegaron los recuerdos de lo que había pasado en la cocina y las lágrimas nuevamente quisieron volver a brotar, pero se negó a darles ese gusto. Como pudo, se quitó el vestido color gris para comenzar a asearse, consiguió ponerse un vestido gris limpio, ya que era el uniforme de las doncellas. Se recogió su cabello en un tirante moño en la nuca, aunque eso fue prácticamente un milagro, porque cada vez que movía los brazos, cada músculo de su piel se resentía. No se había revisado las zonas donde el ama de llaves le había golpeado y aunque le dolía mucho la espalda, tenía que trabajar o el castigo sería peor.

Recordó el sueño tan extraño que la había invadido la noche, todo era tan confuso, pero el pensamiento de saber quién era su familia o de buscar la respuesta de por qué la habían abandonado, se metía cada vez más en su mente. Nunca se había planteado saber qué fue de la mujer que la trajo al mundo, o si existía algún hombre al cual llamar padre, como hacía Olivia con los duques.

Salió de su habitación para preparar el vestido de paseo de Olivia; al parecer, ese día tenía pensado salir a pasear con su comitiva de amigas en el Hyde Park. Fue hasta la cocina para poner el agua a calentar en los fogones. Desde que estaba al servicio de Olivia o de *lady* Olivia como le habían dicho que tenía que llamarla, Marian tenía que preparar todo lo que ella necesitara, así que ni pensar en pedirle a alguna cocinera que le ayudara, seguramente se llevaría un par de tortazos.

Con la espalda resquemándole, puso el agua y después de verificar que todo estaba bien, subió hasta la habitación de Olivia para tener preparado todo. Estaba recorriendo el pasillo y se sobresaltó cuando la duquesa salió de una de las habitaciones.

—Excelencia —dijo, haciendo una reverencia cuando estuvo frente a ella. La duquesa hizo una inclinación de cabeza como dando el visto bueno a su gesto.

—Marian, necesito hablar contigo. —Ella se comenzó a poner nerviosa. Estaba segura de que la despedirían, posiblemente el ama de llaves la había delatado a la duquesa, ya con el simple hecho de que no tuvieran postre para la cena se darían cuenta de lo sucedido.

—Estoy a su servicio, excelencia —dijo casi en su susurro, esperaba que por una tontería no la dejaran sin trabajo y sin poder estar cerca de Olivia.

—Ven al saloncito rosa, necesito que conversemos de varios asuntos.

Siguió a la duquesa por el pasillo hasta las escaleras, para después llegar a la planta baja. En cuanto entraron en el saloncito, que era el refugio especial de la duquesa, quedó asombrada. Estaba decorado con buen gusto y exquisitez, la duquesa se sentó en uno de los sillones que presidían el saloncito. En la estancia había varios lienzos blancos apoyados en un tipo de madera que los sostenía. Pinceles de todos los grosores estaban acomodados pulcramente en unos botes. Marian observó admirada los cuadros que estaban apoyados en la pared. Eran paisajes que parecían tan reales, al igual que las personas que estaban retratadas en ellos. En ese momento vio

que la duquesa estaba terminando un cuadro de Olivia que estaba graciosamente sentada en un banquillo, mientras en una mano tomaba un abanico de nácar y en la otra sostenía un pañuelo con sus iniciales haciéndolo descansar sobre los volantes de su vestido en tono amarillo.

—Siéntate a mi lado, Marian. —Escuchó que le decía.

Nerviosa, se acomodó en el banquillo y esperó paciente hasta que la duquesa comenzó a dar suaves pinceladas sobre el lienzo que la dejaron hipnotizada. Era maravilloso ver cómo plasmaba unos simples trazos y lograba dar forma a un rostro, o un paisaje y dejarlo idéntico. Era una lástima que en su condición no tuviera la oportunidad de aprender.

—¿Te gusta la pintura? —esas palabras la sacaron momentáneamente de su ensoñación.

—Sí, es increíble cómo unas finas líneas con pinceles pueden dar forma a un bello paisaje, o al rostro de una persona.

—No es solo trazos y líneas, es todo un proceso de técnicas. Pero, sobre todo, debes tener pasión, amor a la pintura, plasmar tus sentimientos en un simple lienzo blanco, puedes retratar a la persona más hermosa del mundo, pero si no logras capturar su esencia en la pintura, únicamente conseguirás cuadros vacíos y carentes de emoción.

Marian entendía, bastaba con ver el rostro iluminado de Olivia en esa pintura para saber que la duquesa había capturado toda su esencia en él. En el cuadro estaba retratada su amiga tal y como su personalidad era, con esa chispa que hacía brillar su mirada, pero también con ese aire altivo y de superioridad que siempre la había distinguido. No supo cómo nunca se dio cuenta de que su amiga tenía un porte de dama de sociedad, y que siempre estuviera renegando de su vida en el convento, les tuvo que haber dado una pista de que ellas no eran de la misma categoría.

—¿Te gustaría aprender a pintar, Marian? —la pregunta la tomó por sorpresa, no era normal que una dama de la buena sociedad conversara con una doncella más que para darle órdenes, pero si a eso le sumaba que le estaban preguntando sobre sus intereses, la situación era de lo más desconcertante.

—Es una oportunidad a la que nunca lograré acceder, pero sí me gustaría mucho poder plasmar en un lienzo los rostros de alguien.

—Las oportunidades a veces están muy cerca. Por las mañanas es mi hora favorita para venir a pintar, me gusta tener la luz del día para iluminar mi espacio. Si te encuentras disponible a esa hora puedes venir para que te enseñe lo poco que sé. Podemos disponer de una hora justo al amanecer para que no interfiera en tus actividades.

—No sé lo que opinaría el personal, o si su excelencia no se enfada porque usted me brinde ese apoyo.

—Descuida, Edward no se enfadará, está acostumbrado a mis extravagancias. Ahora otro asunto que me tiene preocupada y que es el motivo por el que te llamé, y ese no es otro más que por la manera en la que te trató mi hija.

Esperaba que Olivia no estuviera en problemas, si bien ella había perdonado la manera tan cruel y humillante en que la trató, dentro de su corazón había quedado una leve grieta que estaba segura jamás lograría cerrar.

—No tiene de qué preocuparse, Olivia siempre ha tenido el carácter muy fuerte y todo lo que está sucediendo la tiene muy consternada. Hemos hablado y se ha disculpado conmigo.

—Debo pedirte una disculpa en su nombre, sé que eres como una hermana para ella. Cuando me contó su historia del convento, supe que había tenido una vida muy difícil. Perderla fue la tragedia más dolorosa de mi vida, cuando la recuperé sabía que nos costaría mucho que se adaptara a este estilo de vida, por eso quiero pedirte que le tengas un poco de paciencia, Olivia te estima mucho, entre lágrimas me dijo que eras su hermana y tiene miedo de perderte.

—Eso no sucederá, excelencia, ella es mi hermana también, mientras me siga necesitando no la abandonaré nunca.

—Me quedo mucho más tranquila. Y sigue en pie la oferta para la clase de pintura. Le he dicho a Olivia que si le interesa le enseñaba, pero me ha contestado que esas cosas a ella le aburren.

Eso no lo dudaba, Olivia siempre había odiado realizar cualquier tipo de actividad manual o cualquier cosa que requiriera un esfuerzo. Para ella, lo único a lo que debería de dedicarse una dama era a lucir preciosos vestidos en los bailes de la temporada.

—De acuerdo, aquí estaré.

Salió del saloncito para ir a la habitación de Olivia, aún estaba dormida, así que corrió las cortinas preguntándose si a ella le gustaría estar sin hacer nada y durmiendo hasta muy entrado el día, supo en ese instante que definitivamente no. A pesar de que los ventanales dejaban filtrar bastante bien la claridad como para que se iluminara toda la habitación, Olivia no se movió ni un centímetro de su lugar. De hecho, si se acercaba más estaba segura de que escucharía un leve ronquido.

Sonrió pensando en que seguramente su amiga lo negaría rotundamente argumentando que las damas de sociedad nunca roncan. Y posiblemente no había nadie que les llevara la contraria. Suspiró mirando en dirección al establo a través de la ventana. Su mirada recayó sobre el hombre que había chocado con ella el día anterior. «Robert», pronunció en su mente, al verlo ahí de pie tan guapo, no lograba comprender por qué vestía esas ropas tan finas para trabajar como cochero. Desde que llegó lo había visto pocas veces, siempre de reojo. Ahora que tenía de nuevo a su alcance su magnífica presencia, lo observó con detenimiento, era muy guapo. Y su corazón instintivamente de nuevo le estaba comenzando a latir de manera desenfrenada.

CAPÍTULO 8

Marian suspiró mirando a Robert. Sabía que eso estaba mal, una doncella no debía sentir ningún tipo de sentimiento hacia ningún hombre, a menos que fuera su esposo. Si alguien la miraba tonteando o suspirando por alguno de los empleados era posible que la castigaran en el menor de los casos, o que simplemente la pusieran de patitas en la calle.

Cuando Robert dirigió la mirada a la ventana, Marian se alejó de su campo de visión acercándose a la cama para mover a Olivia. Esta se levantó soñolienta.

—Es hora de tu baño para el paseo de la tarde.

—No sabes cuánto odio tener que bañarme a diario y tener que utilizar todas esas ropas —dijo su amiga furiosa, mientras se levantaba de la cama; al parecer, ese día había amanecido de malas.

—Es cierto. Pero muchas matarían por tener lo que tú tienes —dijo ella ayudándola a quitarse el camisón.

—Incluida tú. —Escuchó que decía en tono mordaz.

Marian se quedó pensando en esas palabras. Era inevitable no desear tener una vida de comodidades, pertenecer a un mundo al cual ella nunca podría acceder. Pero por mucho que deseara esa vida, jamás sentiría una envidia mal sana hacia su amiga.

—No te voy a negar que me llama la atención tu estilo de vida, pero por el momento estoy muy contenta en el lugar donde estoy.

—Siendo una pobre criada. —Marian bajó el rostro para que Olivia no notara el dolor por sus palabras—. No me malinterpretes, Marian, pero debes de saber que la vida de una doncella no es con lo que habíamos soñado desde niñas.

—Con lo único que he soñado es ayudar a los demás y ser feliz en el lugar donde esté. Simplemente eso. Nunca he aspirado a ser una dama de sociedad y eso lo sabes muy bien.

—No creo que ser doncella en una casa sea un motivo de felicidad.

—Es un trabajo honrado, pero estaría muy avergonzada si tuviera que trabajar en una taberna, o en el puerto. Recuerda las historias que nos contaban en el convento. Tuvimos mucha suerte de que las hermanas nos adoptaran.

Mientras conversaban, Marian ayudaba a Olivia a darse su baño y después la ayudó a ponerse el corsé apretándolo tan fuerte para que su cintura fuera más pequeña. Las suaves capas de su vestido caían con soltura provocando que su amiga estuviera hermosa en verdad. Seguramente sería una de las debutantes más asediadas por los caballeros, y la envidia de las demás. Iba a salir corriendo de la habitación para ir por su chalina y salir a acompañar a Olivia en su paseo, pero esta la detuvo.

—Marian, hoy no es necesario que me acompañes, *lady* Sophie llevará su dama de compañía y otra doncella para hacer de carabina, así que no te necesitaré.

—Como tú dispongas, Olivia. —Hizo una leve reverencia y salió de la habitación.

Como no quería que se repitiera lo de la noche anterior, ya que las doncellas y demás sirvientes la miraban con la burla impregnada en la mirada, decidió que lo mejor era salir de la casa, por mucho que necesitara el trabajo no iba a dejar que la humillaran ni que la volvieran a

lastimar; así que, si no querían su presencia en la cocina, ella se dedicaría solo atender a Olivia.

Caminó de nuevo rumbo al lago, quería estar en completa intimidad para pensar acerca de su vida. Y también quería refrescarse un poco. Ahora mucho más tranquila pudo disfrutar del trayecto hasta llegar a las rocas que daban privacidad en ese maravilloso paisaje.

Tendió la chalina que llevaba y se recostó admirando la intensidad del azul del cielo; de vez en cuando veía un ave pasar lejos de donde se encontraba. Recordó con cariño cuando ella y Olivia se recostaban en el jardín trasero del convento y jugaban a darle forma a las nubes como en ese preciso momento que vio una nube que parecía un caballo, o por lo menos a ella se lo parecía.

Escuchó un ruido detrás de ella, fue muy tenue, como el crujir de una rama al ser pisada, se levantó para ver quién era, pero no encontró ningún indicio de que alguna persona estuviera ahí. Tal vez su imaginación le había jugado una mala pasada. Cuando vivía en el convento siempre tuvo que cuidarse las espaldas; no es que se llevara mal con alguien, pero al lugar a veces llegaban niños mayores que ellas y algunos venían con algunos vicios de la calle. Así que siempre procuraron cuidarse la una a la otra.

Las rocas realmente daban intimidad, esperaba que nadie anduviera merodeando. Comenzó a quitarse el vestido, quedándose en el fino camisón blanco. Soltó su apretado moño de cabello y se zambulló en el lago saboreando el agua; al principio sentía que el agua estaba bastante fría, pero conforme se fue sumergiendo en lo más profundo del lago su cuerpo se fue adaptando al cambio de temperatura.

Al principio comenzó a deslizarse de un lado para otro, adentrándose para salir después de unos minutos del agua, era algo tan liberador, le gustaba estar completamente bajo el agua y sentir el latir de su corazón en sus oídos. Salió a la superficie y se quedó flotando al dejar que la luz del sol se posara en su rostro; a simple vista no se veía tan profundo el lago, pero se podía nadar perfectamente.

Volvió a sumergirse en la profundidad, pensando en que por nada cambiaría ese instante, tal vez la próxima vez le diría a Olivia que la acompañara a ese refugio. Aunque no sabía si esas actividades aún le gustaban, ahora que era una dama de sociedad no creía que fuera posible que se escapara para nadar en un lago en medio del espeso bosque que rodeaba la casa. No, definitivamente Olivia estaba descartada, era más probable que asistiera algún día de campo o alguna reunión para tomar el té. Estaba a punto de regresar a la superficie cuando algo la arrastró con tal fuerza que de la sorpresa abrió la boca tragando agua.

Sentía que le costaba respirar, y de pronto tuvo la imperiosa necesidad de toser. Las arcadas que siguieron al esfuerzo por recuperar la respiración, le lastimaban la garganta. Ni siquiera era consciente de que alguien la había sacado del agua y la había depositado en la hierba que rodeaba el lago.

—¿Estás bien? —esa voz llena de preocupación le alteró el corazón, era la misma voz que llevaba rondando en su pensamiento desde que había llegado a esa casa. Abrió los ojos tratando de enfocar la vista, ya que al sentir que algo la atrapaba abrió los ojos llenándose estos de agua.

—¿Robert?! —pronunció entrecortadamente. Le dolía la garganta para pronunciar las palabras.

—¿Qué sucede, Marian? ¿Por qué demonios no salías del lago? —ahora parecía que estaba furioso—, ¿qué pretendías hacer?

No comprendía el porqué de su enojo, solamente estaba disfrutando de la serenidad que daba el lago, las palabras «¿*Qué pretendías hacer?*» se colaron en su mente y entonces todo comenzó a tener sentido. Robert pensaba que estaba tratando de ahogarse. Pero nada más lejos de la realidad.

—¿Vas a explicármelo o lo tengo que imaginar todo? —Escuchó que decía, mientras se levantaba y comenzaba a caminar de un lado a otro.

—Estaba nadando, no entiendo tu pregunta.

—¡No!, no estabas nadando, te encontrabas en el fondo del lago, y ya llevabas bastante tiempo dentro de él.

—Estaba pensando solamente, me distraje por un segundo, pero estaba bien. —Las gotas de agua resbalaban por su rostro, mientras el reflejo del sol le daba un brillo especial.

—¿Estabas pensando solamente? ¡¿Pensando?! —dijo prácticamente gritando, sin detener el paso en ningún momento—. Marian, se piensa en silencio, en la comodidad de una habitación, no dentro de la profundidad de un lago donde te puedes ahogar.

—Estaba a punto de salir.

Fascinada, se quedó mirando su caminar, pero en ese momento se dio cuenta de que tenía toda la ropa mojada por haber entrado en el agua. Al recordar la ropa, se percató de su propia vestimenta y dio un grito ahogado al darse cuenta de que estaba frente a un hombre únicamente vestida con su camisón.

Dios, si las hermanas del convento la observaran en ese momento, estaba segura de que la castigarían para que rezara el resto de su vida de rodillas.

CAPÍTULO 9

No podía creer que estuviera frente a un hombre y con esas pintas, era algo indecente. Bajó su mirada y se dio cuenta de que el camisón, al estar mojado, se transparentaba y se pegaba a su cuerpo como si de una segunda piel se tratara.

—¿Qué sucede? —Escuchó que decía Robert dándose la vuelta al instante para comprobar qué es lo que la había asustado.

—¡No se gire, por favor! —gritó logrando que Robert se volteara al instante—. ¡¡No me observe, estoy desnuda!! Es usted un indecente, un pecaminoso, debería haberme advertido que estaba desnuda.

Como pudo, se puso el vestido gris que llevaba encima sin importarle que su camisón estuviera lo suficientemente mojado como para que, en cuestión de segundos, este también estuviera empapado. Su cabello estaba pegado a su cuerpo, pero lo que más le preocupaba era que Robert la había visto en paños menores. Y por más que lo quisiera disculpar, no era para nada decente lo que estaban haciendo. A su mente llegó el leve tono con el que él había pronunciado su nombre; en los pocos encuentros que habían tenido, ella nunca le había dicho cómo se llamaba, se quedó tan sorprendida de que lo supiera que por un momento dejó de protestar para que no se volteara. Momento que él aprovechó para girarse.

—No estabas desnuda, Marian —dijo él acercándose a ella, hasta ponerse a su altura.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Todo en esa situación estaba mal, posiblemente Robert era una persona mala y quería aprovecharse de una joven doncella e indefensa, pero lo que él no sabía era que sus dientes estaban tan afilados que fácilmente podían arrancarle un pedazo de carne, y ella lucharía con todas sus fuerzas si él la quería atacar.

—Investigué un poco con el ama de llaves —fue lo único que dijo, estaba tan cerca de ella que por un instante se le cortó la respiración.

A pesar de que por su mente se le pasó el pensamiento de que estaba frente al peligro, lo desechó al instante, en los ojos de Robert pudo ver que estaba realmente preocupado, y la miraba como si quisiera comprobar que todo en ella estaba bien.

—No debemos de estar en esta situación, no es decente —dijo, sintiendo su corazón latir desbocado. Robert levantó su mano y la posó sobre su mejilla acariciándola, no era de manera impúdica, o un gesto con el que le estuviera faltando al respeto, no, de hecho, con ese simple gesto por un instante en toda su vida se sintió protegida; que alguien se preocupaba por ella.

—No tengas miedo, Marian, no te voy a hacer daño. —Parecía que ese hombre adivinaba sus pensamientos, no era miedo a que la agrediera, más bien era temor por pensar cosas que eran meramente una ilusión. No sabía si era el hecho de que su ropa estaba mojada, o porque el viento frío comenzaba a soplar, o tal vez el simple hecho de sentir la presencia de ese hombre junto a ella, lo que le provocaba que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

Robert pareció darse cuenta de que estaba temblando porque se acercó a su caballo donde llevaba un gabán que ella no había visto, colocandoselo en los hombros. El olor que desprendía la prenda le inundó hasta quedársele grabado en la mente. Era un olor tan peculiar entre tabaco y

licor, que inmediatamente sabría reconocerlo a kilómetros de distancia.

—Creo que es hora de regresar a la casa, de lo contrario, notarán que no estás en tu puesto.

—*Milady* ha salido de paseo con sus amigas. Y para no tener problemas con los demás sirvientes he salido de la casa —dijo, tratando de justificarse. Lo que menos quería era que pensara que era una persona irresponsable, ya bastantes problemas tenían con la enemistad del ama de llaves.

—¿Has tenido problemas con alguien en la casa? —el tono lacerante de la voz de Robert provocaba que perdiera el hilo de la conversación.

Levantó la mirada sorprendida por esa pregunta, estaba claro que, si le contaba lo que había pasado la noche anterior, se crearían problemas.

—No, ninguno —dijo, evitando el contacto de su mirada para que no notara que estaba mintiendo.

—No me mientas, Marian, si sucede algo debes decírmelo. —Parecía que estaba entre preocupado y enojado, algo totalmente incomprensible cuando apenas unos días antes no se conocían—. Es mejor que nos marchemos, como te he dicho, puede que a mí no me echen en falta, pero seguro que en los establos se darán cuenta de que el cochero no está.

—No lo creo, pero ¿por qué piensas que trabajo en la casa de los duques?

—Porque te he visto trabajar manejando el carruaje, ¿ya no lo recuerdas?, el día que fuiste a dejar los víveres al convento y te he visto llegar todos los días.

Él se quedó como recordando por un instante.

—Claro, fue el día que la duquesa no pudo asistir a dejar los víveres.

—Mejor nos marchamos —dijo ella queriendo huir de ahí, el aroma de ese hombre la estaba poniendo nerviosa, eso sin contar que la simple situación era comprometedora.

Vio que Robert se acercaba a su caballo y le tendía la mano a ella para que subiera, obviamente no hacía falta decir que ella ni muerta se subiría en un caballo. No es que les tuviera miedo, más bien les tenía pavor.

—No puedo ir con usted en el caballo, no sería decente. —Por lo menos tenía una excusa aceptable para no subir con él y no quedar como una cobarde.

—¡Por Dios, Marian!, nadie nos verá.

—Si *milady* nos descubre puede castigarme —esas palabras parecieron surtir efecto en Robert.

—Está bien, pero te acompañaré mientras hablamos.

Marian no contestó, únicamente comenzó a caminar por un lado de la vereda, dejando que Robert se posicionara a su lado, mientras con las riendas jalaba el caballo. Estuvieron en silencio unos instantes, pero la tensión entre ellos era palpable.

—Cuéntame, ¿de dónde conoces a *milady*?

—¿A Olivia? disculpe... quiero decir, a *lady* Olivia... —dijo tratando de encubrir su falta, nadie debía saber que ella llamaba a su amiga por su nombre sin su título—. Vivíamos juntas en el mismo convento que hacía la función de orfanato.

—¿Se conocen desde muy chicas?

—Desde siempre, ambas fuimos encontradas el mismo día en la puerta del convento. Nos

criamos juntas e hicimos muchas locuras y travesuras juntas. Por eso en cuanto Olivia no fue a ponerse en contacto conmigo me preocupé demasiado.

—Y ¿por qué estás trabajando en la casa como una doncella, en lugar de estar ocupando un lugar mejor?

—No hay lugar mejor que en el que estoy. El puesto de doncella principal incluso me queda grande.

—Es por eso por lo que tienes problemas con los demás del servicio.

Ella no contestó, no quería ningún tipo de problema, y aunque su instinto le dijo que podía confiar en él, era mejor no arriesgarse.

—Contéstame, Marian, ¿alguien del servicio te ha tratado mal?

—No, de ninguna manera, Robert, nadie me ha tratado mal.

—Escúchame bien, Marian, si por alguna razón alguien te llega a hacer algo o a dañarte, tienes que comunicarlo al instante.

No entendía en qué la podía ayudar un simple cochero, pero su intención era buena, así que le sonrió en agradecimiento. Caminaron pausadamente hasta que se comenzó a despuntar la silueta de la casa grande.

—Desde aquí puedo seguir yo sola —dijo, tratando de que su voz no sonara nerviosa.

Robert detuvo su caballo y la miró fijamente antes de volver a decir:

—De acuerdo, pero no lo olvides, si alguien te falta al respeto, dímelo.

—Gracias.

Después de esa simple palabra caminó cuesta abajo, sintiendo que su mirada la perseguía a cada paso que daba, suspiró pensando en que era rara esa opresión que sentía en el pecho. Era como si de pronto el aire se quedara prisionero en sus pulmones, y necesitara liberarlo, pero algo se lo impedía, aunque al mismo tiempo sentía una inmensa alegría dentro de ella.

El hecho de que él estuviera cerca de ella, también era agradable la manera en la que la miraba o en la que se había preocupado por ella cuando notó que no había salido del lago, pero debía mantener los pies bien plantados en la tierra, ella estaba muy lejos de estar a la altura de él, porque si algo confirmó en ese instante es que él no era un simple cochero, así que por su bien, debía mantener a raya las mariposas que estaban revoloteando en su estómago.

CAPÍTULO 10

Por suerte nadie la vio llegar, porque de lo contrario se metería en serios problemas al darse cuenta de que no le había devuelto el gabán a Robert. En cuanto llegó a su habitación, se desvistió para ponerse ropa seca. Después salió a ver si ya había llegado su amiga, pero aún no regresaba, según palabras de la duquesa: había enviado una misiva diciendo que una de sus amigas la había invitado a comer y no llegaría hasta el té de la tarde.

Ese día todo trascurrió de maravilla y por extrañó que pareciera un raro sentimiento se instaló en su corazón, pero no quería pensar ni darle ningún significado o nombre, porque era algo tonto, el simple hecho de cruzar palabra con un hombre una vez, no significaba nada.

Al día siguiente muy temprano se levantó para tomar su primera clase de pintura, el día anterior había notado algo inquieta a Olivia, como distraída o preocupada por algo, pero cuando se lo preguntó simplemente le dijo que era algo que a ella no le importaba. Así que ese día seguro amanecía con jaqueca y no quería que la despertaran tan temprano. La duquesa le tenía una paciencia infinita a la hora de enseñarle a manejar las pinturas y los pinceles. Le dijo que empezarían a trazar líneas suaves sobre el lienzo y le enseñó la manera correcta de sostener el pincel. Marian literalmente estaba asombrada, era maravilloso todo lo que estaba aprendiendo.

—Debes mantener la muñeca suelta para que el pincel se deslice, Marian.

—Está bien, excelencia —dijo concentrada.

—Lo haces muy bien, unas clases más y serás toda una pintora. Cómo me hubiese gustado que Olivia tuviera el gusto por la pintura.

—Ella siempre ha dicho que no ha nacido para esas cosas que le parecen aburridas. Perdón, no debo decir ese tipo de comentarios —dijo corrigiéndose en cuanto se dio cuenta de su error, la duquesa la miró con una sonrisa en los labios casi maternal que le atenazó el corazón.

—No tienes que preocuparte por nada, me gusta que me digas cosas de Olivia, ella es muy reservada de lo que vivió en el convento, solo lo poco que nos contó sobre ti, creo que aún le cuesta abrirse a nosotros.

—Fue difícil para ustedes saber que su hija estaba viva —dijo ella mientras daba otra pincelada.

—Fue el mejor día de nuestras vidas. Ese día que la encontré algo que creía que estaba muerto en mí, volvió a renacer.

Marian sonrió con tristeza, ella también se sentía incompleta sin saber quiénes eran su familia, pero aún no era tiempo para salir a buscarlos, tal vez después de la presentación de Olivia.

Después de limpiar los pinceles y dejarlos guardados estaba a punto de salir cuando un hombre alto y delgado entró en la salita sin llamar siquiera. Marian se quedó asombrada, ese rostro le parecía tan familiar, tanto, que su corazón le saltó en el pecho como si reconociera a ese hombre de toda la vida.

—Querido, ¿qué haces levantado? —Escuchó que en la lejanía decía la duquesa.

Marian estaba tan asombrada con el rostro de ese hombre que se quedó parada en el mismo sitio como si estuviera anclada a las baldosas.

—Te estaba buscando, me ha parecido que te levantaste muy pronto del lecho. Y estaba intrigado por saber qué era lo que te había sacado de la cama.

Obviamente el duque ni siquiera reparó en ella, una simple doncella no llamaba mucho la atención. Miró cómo el duque se acercaba y depositaba un dulce beso en los labios de su esposa.

—Quería pintar solo un poco, y Marian ha aceptado tomar clases de pintura. —Como si en ese instante el duque se percatara de su presencia, giró su mirada hasta donde se encontraba.

—Así que tú eres la amiga de nuestra pequeña Olivia.

—Excelencia —dijo haciendo una perfecta reverencia, sentía una punzada de envidia al escuchar que llamaban a su amiga con un apelativo tan cariñoso como el de pequeña. Lo que ella daría por tener a alguien en su vida que la quisiera de esa manera.

—Cariño, debes estar agotado, sabes que no debes de levantarte mucho tiempo de la cama.

—Esposa, no me reprendas, hoy he amanecido con muchas energías. Un placer saludarte, Marian. Ahora, si me disculpas, voy a dar una vuelta por los alrededores.

—Te acompaño, querido, no me gustaría que algo te sucediera.

Ambos salieron del saloncito dejándola para que terminara de limpiar los instrumentos que había utilizado. Después de comprobar que todo estaba perfectamente ordenado, salió del saloncito con un extraño sentimiento, era como si una pieza de su vida se hubiera colocado en el sitio donde encajaba. No tenía ni la menor idea de qué era, solo que sentía una extraña opresión en el pecho.

Olivia aún seguía dormida, así que Marian recorrió las cortinas porque ya era demasiado tarde; como seguramente no bajaría a desayunar, bajó a traer una charola con el desayuno. Obviamente ella tuvo que preparar todo, porque ninguna de las que estaban ahí era capaz de ayudarla. Pero Marian lo hacía con gusto todo por estar cerca de su hermana.

Cuando llegó a la habitación, por fortuna, Olivia no protestó por levantarse, de hecho, se levantó y se vistió sin ningún reproche o regaño. Estaba como sumida en sus pensamientos.

—¿Qué es lo que sucede, Olivia? Desde ayer te he notado extraña —preguntó con cautela, lo que menos quería era un enfrentamiento con ella.

Olivia parecía en un trance, mirando fijamente al espejo mientras ella le cepillaba el cabello. Al ver que no le prestaba atención, la tomó por el hombro provocando que diera un salto del susto.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me asustas? —dijo su amiga sobresaltada, eso puso en alerta a Marian. Algo le sucedía a Olivia y se lo estaba ocultando.

—Te he preguntado que, si te sucedía algo, desde ayer estás muy rara, incluso ahora no escuchabas todo lo que te he dicho, es como si estuvieras ausente.

—Son imaginaciones tuyas —dijo su amiga acariciando el hermoso camafeo que un día había sido de ella—, me encuentro perfectamente, ahora date prisa, quiero bajar a saludar a mis padres.

Marian continuó cepillando el cabello castaño de Olivia hasta dejarlo brillante, pensando que extrañaba mucho no poseer el camafeo que había pertenecido a su familia. Pero era el precio que se tenía que pagar por un error. A ella no le quedaba más que aceptar que nunca volvería a ser suyo. Y se lo había regalado de corazón a su amiga para que lo llevara puesto, siempre le decía que para ella también tenía un valor incalculable.

El pensamiento de que quería encontrar a su familia cada vez tomaba más fuerza en su mente, desde que había visto el cariño que le tenían los duques a Olivia, supo que quería lo mismo, quería sentir que pertenecía a un lugar.

—Olivia, ¿te puedo pedir un favor? —Lo había pensado desde días antes, pero solo ahora se atrevía a pedir algo—. Tal vez pienses que es algo absurdo, pero quiero saber si me puedes ayudar a encontrar a mi familia.

Su amiga la miró asombrada, lamentablemente Marian no tenía alguien más a quien pedirle ayuda, y si Olivia le tenía algo de cariño, estaba segura de que la ayudaría.

—Estás loca, seguramente serán unos aldeanos muertos de hambre. ¿Para qué quieres conocerlos?

Marian apretó los labios de disgusto, sabía que no era fácil pedirle ayuda a alguien, tampoco era como si ella esperara encontrarse a unos duques por padres, no, pero que tu mejor amiga, tu casi hermana, te dijera palabras como las que le acababa de pronunciar Olivia, dolía, y dolían mucho. Apartó la mirada para que su amiga no se diera cuenta del daño que le había causado, en su imaginación e inocencia, pensó que su amiga le diría que sí, que la ayudaría con mucho gusto a buscar a su familia. O por lo menos pensó que hablaría con los duques para que contrataran a un detective.

—Marian —escuchó que le decía Olivia con tono arrepentido—, no quise hacerte sentir mal, pero no quiero que te lleves una decepción al ver que no tienes la misma suerte que yo. Sé que, para ti, mi buena suerte es como un cuento mágico, pero ¿qué pasa si tu familia es muy pobre y por eso te dejaron abandonada en el convento? No todas tenemos la misma fortuna. —Marian era consciente de eso, pero lejos de lo que su amiga decía, ella no era una persona que añorara tener riquezas o posesiones, ella quería amor—. Y no quiero que te alejes de mí.

Esa frase hizo que Marian mirara a su amiga, en sus ojos pudo ver reflejado el miedo a perderla.

—No seas tonta, nunca te abandonaré.

—Claro que sí, en cuanto tu familia aparezca te olvidarás de mí —dijo su amiga con lágrimas en los ojos, logrando que Marian ahora se sintiera culpable por haberla hecho llorar.

—Eres mi hermana, ¿lo recuerdas?, nunca te traicionaría o abandonaré, sabes que el sentimiento es recíproco entre nosotras. Sé que nunca te atreverías a traicionarme o abandonarme.

—Sabes que no, Marian —dijo Olivia tomándole de las manos, como cuando eran niñas y hacían un pacto—, somos hermanas, recuérdalo siempre. Ahora bajaré a buscar a mis padres y, para que veas que sí te quiero ayudar, hablaré con ellos para ver si nos pueden ayudar.

Una esperanza comenzó a nacer en su pecho; al fin alguien la ayudaría a descubrir de dónde provenía, y aunque Olivia no le creyera, a ella no le importaba si sus padres eran unos simples campesinos, solo quería preguntarles qué es lo que los había orillado a dejar abandonada a la suerte de Dios. Su amiga la sacó de sus pensamientos al cerrar la puerta para salir de la habitación. Marian sonrió ilusionada, esa era la Olivia de siempre, su amiga, su hermana.

CAPÍTULO 11

El domingo era el único día que tenía libre, aunque no del todo porque primero tenía que atender a Olivia y, después podía ir a misa, así como salir a dar una vuelta. Aunque ese domingo era diferente, ya que los duques y Olivia se embarcaron para hacer un rápido viaje con el único propósito de conseguir el vestuario de Olivia para su presentación. Marian se estaba preparando para salir con ellos, pero Olivia pareció pensárselo mejor y decidió que ella se quedara en la casa. Cuando le preguntó el por qué, Olivia le dijo que, si iba con ellos, sus padres se verían comprometidos a comprarle algo de vestuario a ella también en agradecimiento, pero como la situación en la casa no era muy boyante, prefería que se quedara para que sus padres no gastaran de más.

Marian pensó que su amiga hacía lo correcto, además de que ella no necesitaba ningún tipo de vestuario, los duques ya hacían suficiente con dejarla estar al lado de su amiga.

El viaje tardaría algunas semanas, así que ese era el primer día que estaba libre al completo. Esperó a que los demás criados de la casa se marcharan al pueblo, y bajó a la cocina para tomar en una canasta algo de fruta, queso y pan. Estaba decidida a disfrutar del día. Eran pocos los momentos de paz y tranquilidad que tenía en esa casa, solo podía relajarse cuando estaba en el cuarto de pintura con la duquesa y las pocas veces que se acercaba hasta el lugar que había convertido en su refugio personal.

Caminó a través de las veredas del bosque hasta llegar al lago. Ese lugar era su favorito por muchos motivos. Depositó la cesta en el suelo, y extendió una manta cuadrada. Sacó un libro que había tomado de la biblioteca del duque, esperaba que no se enojara, pero ya en alguna ocasión la duquesa le había dicho que, si le gustaba leer podía tomar libros prestados de su acervo de la casa, ya que el duque era un ávido lector y, poseía una gran extensión de volúmenes de diferentes temas, los cuales estaban disponibles para ella.

Aunque tal vez una cosa es que te lo digan por cortesía y otra es que en verdad fuera de esa manera, pero Marian no iba a dejar pasar la oportunidad de leer un buen libro. Eligió uno que hablaba de viajes sobre el mar, y fascinada comenzó a perderse entre las páginas donde narraba la vida de los marineros y los piratas. Tan enfrascada estaba en el libro que no se dio cuenta de que Robert la estaba observando, mientras se bajaba de su caballo. Por un instante, Marian se imaginó lo que sería estar en un barco; si era honesta el hecho de hacer el viaje en barco con Olivia la había emocionado muchísimo, pero tenía que ser comprensiva con la situación. La duquesa, de hecho, se pasaba horas diciendo que era un sueño hecho realidad que los tres salieran en su primera travesía como familia. Y, obviamente, Marian no quería incomodar con su presencia o arruinarles ese tiempo que tendrían para conocerse.

—Debe de ser el libro más entretenido del mundo. —Marian dio un grito del susto, que se debió escuchar hasta el pueblo—, perdona no quería asustarte.

—Robert —dijo poniendo una mano en su pecho, su corazón comenzó a latir desenfrenado, pero dudaba que fuera por el susto.

—Perdona, pasaba por aquí y te he visto.

—Descuida. Ha sido que estaba muy concentrada en el libro.

Ambos se quedaron en silencio, como si no supieran muy bien cómo reaccionar.

—¿Te puedo acompañar? —dijo Robert cortando el incómodo silencio.

—¿No asistes con los demás al pueblo? Creía que los llevarías tú.

—Todos van a la iglesia, y yo no soy bien recibido en la casa de Dios.

—No digas eso, todos somos bien recibidos en la casa de Dios.

—Yo no, Marian. —La amargura en esas palabras hizo que lo mirara por un instante, parecía dolido.

—No te creo capaz de hacer algo tan malo como para que no puedas entrar en la iglesia.

—A veces únicamente hace falta estar en el momento equivocado o en el lugar equivocado — dijo tomando una piedrita y lanzándola al lago.

Marian no quería pecar de indiscreta, pero ahora estaba intrigada.

—¿Qué sucedió, Robert?, pareces ser un hombre decente, y los hombres decentes son bien recibidos en la casa del Señor.

Él no contestó, simplemente se quedó mirando el lago. Ella observó su cabello negro que estaba despeinado, como si acabara de pasarse las manos por él. Sus ojos firmemente clavados en el agua cristalina, parecían que estaban reviviendo momentos dolorosos y se sintió culpable por hacerle recordar con su indiscreción.

—No tienes que contarme nada, discúlpame por ser tan indiscreta.

—No tiene importancia, es solo que a veces duele darte cuenta de que los que creías que eran tu familia te abandonan.

—A mí también me abandonaron desde pequeña. Pero eso no hace que me derrumbe.

—Créeme, en este mundo, dentro de esta sociedad no hay nada peor que ser rechazado por todos; incluida tu familia.

Marian lo pensó y estuvo de acuerdo con esa frase, a veces la soledad de no poder confiar en nadie era lo peor que te podía pasar. Estuvieron unos minutos en silencio sumidos cada uno en sus pensamientos.

—¿Tienes hambre?, he traído algo de la cocina.

—¿Disfrutando del viaje, *milady*? —dijo él de manera socarrona.

—Se acaba de ir y ya siento que la extraño, nunca nos habíamos separado por tanto tiempo. Sin contar cuando ella venía a trabajar aquí como doncella y descubrió que era la hija de los duques.

—Un milagro muy favorable para los duques. Encontrar a tu única hija después de muchos años debe de ser lo mejor que les pueda pasar.

—Estoy muy contenta por Olivia... digo por *milady*.

—Supongo que estarán acostumbradas a llamarse por su nombre, así que no importa si no utilizas su título cuando ella no está presente.

—¿Llevas mucho trabajando para su excelencia? —preguntó, queriendo saber más sobre su vida.

—Llegué hace poco más de dos años —dijo en tono amargo. Así que supo que no le gustaba su empleo.

—¿No estás a gusto trabajando? —dijo, mientras sacaba el pan y el queso dándole un trozo de cada uno.

—No es eso, pero no me conformo con el lugar en el que estoy. No es mi vida.

Marian hizo una mueca, sabía perfectamente lo que eran las ganas de superarse, pero para las mujeres no había grandes oportunidades.

—Algún día nos sonreirá la suerte —dijo, tratando de animarlo.

—Estoy deseándolo.

Estuvieron parte de la mañana hablando sobre sus gustos y actividades, y así se enteró de que a Robert le gustaban y era apasionado a las carreras de caballos.

Entre líneas supo que había tenido problemas en los que se vio envuelta una dama. Así que supuso que ese era el motivo de su mala suerte. Como no estaba sola, Marian ya no pudo nadar en el lago, no era decente que ella estuviera ahí en compañía de un hombre soltero, y ella era una doncella que le debía respeto.

Únicamente esperaba que nadie pasara por ahí, porque de ser sorprendidos en esa situación tan comprometedor, ambos tendrían problemas.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro, Marian?

—Quiero buscar a mi familia, deseo tener lo mismo que Olivia. Aunque ella me va a ayudar, me ha dicho que posiblemente sean aldeanos con carencias. De hecho, al principio se negó a ayudarme para no darme un disgusto, pero después dijo que le diría a los duques que si me podían ayudar.

—¿Y eso tendría alguna importancia?

—Ninguna. Solo quiero saber de dónde provengo y el motivo de por qué me abandonaron.

—A veces hay mujeres a las que no les queda otra opción que abandonar a sus hijos, ¿tú qué harías en el caso de una mujer sin recursos que no tiene ni para comer?

De solo imaginarlo se estremecía, no era tonta, aunque no había salido del convento, sabía que en los barrios que estaban por el puerto, y los que rodeaban Londres, abundaba la pobreza. Las mujeres a veces recurrían a medidas extremas para poder llevarse el pan a la boca.

—No lo sé, tendría que estar muy desesperada para alejarme de un hijo. Pero necesito estar en los zapatos de esas mujeres para poder juzgarlas.

—¿Y te desharías de un bebé antes de nacer, solo porque el padre de la criatura ha caído en desgracia?

—No, nunca haría algo así.

—Pues hay mujeres que lo hacen, no les dan la más mínima posibilidad de nacer.

Marian suspiró pensando que Robert guardaba más recuerdos dolorosos que ella. Si por ella fuera estaría ahí charlando con él todo el día, pero no era correcto, así que, aunque no quisiera, se levantó para regresar a la casa.

Ya en su habitación, recordó las palabras de Robert, algo muy triste había marcado su vida, y ella sentía una enorme impotencia por no poder aliviar su dolor.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente, Marian volvió a caer en la tentación de regresar al lago, aunque esta vez lo hizo por la tarde, llevando consigo de nuevo una canasta, pero se aseguró de llevar comida suficiente para una merienda que alcanzara para dos personas. Tenía la esperanza de que Robert apareciera por ahí. Lo había visto trabajar con los caballos por la mañana, y a media tarde fue a realizar un encargo del duque. Aunque si no se presentaba sería un alivio ya que para Marian significaba la oportunidad de meterse a nadar; alejó de su mente el pensamiento de que si no iba se sentiría decepcionada, estaba claro que comenzaba a imaginar cosas que no eran. Pero la intimidad que habían compartido el día anterior no la había tenido con nadie. Ni siquiera con Olivia.

Llegó al lago y se decepcionó al encontrarlo solo, y no entendía ese sentimiento cuando bien sabía que Robert estaba en una diligencia.

Extendió la mantilla de nuevo y se dispuso a disfrutar de la lectura que había dejado pendiente, por la noche había tratado en vano de continuarla sin éxito alguno; siempre que trataba de comenzar a leer en su imaginación aparecía el rostro de Robert y entonces comenzaba a recapitular todos los momentos vividos con él.

La tristeza que vio en sus ojos no la abandonaba en ningún instante; era como si algo muy grave le hubiera pasado y esto lo hubiera marcado para toda la vida. Cuando sintió que ya había pasado un tiempo suficiente sin que él llegara, se dijo que ahora sí podría disfrutar de un baño en el agua que estaba fresca.

Se quitó el vestido gris opaco, y lo dejó tendido sobre la mantilla. Se deshizo el moño tirante que presionaba su cabello, quedándose únicamente con su camisón, pero esta vez estaba preparada, se había puesto dos camisones en lugar de solo uno, para que si alguien llegaba a pasar por el lugar no la sorprendiera casi desnuda.

Se sumergió en el agua y aunque al principio estaba fría, poco a poco su cuerpo fue adaptándose al cambio de temperatura. Aunque el sol había estado en su máximo esplendor, los árboles que protegían al lago no dejaban que los rayos dieran directo sobre el agua. Se metió de cuerpo entero para que su cabello se humedeciera; después, con mucho cuidado, nadó de un lado a otro. Si Olivia la estuvieran observando la reprendería por comportarse de una manera tan poco femenina.

La nostalgia le comenzó a invadir al recordar a su amiga, únicamente esperaba que el viaje no durara tanto. Seguramente su amiga estaría viviendo la mejor aventura de su vida. Comprar vestidos lujosos, joyas, conocer a personas importantes de la alta sociedad, era el sueño máximo de su amiga y ella se alegraba. Tan sumida estaba en sus pensamientos, que no escuchó que alguien se zambullía en el lago hasta que esa misma persona la tomó por sorpresa de los hombros.

—No te asustes. —Escuchó que le decía Robert, quien también estaba dentro del lago.

Su corazón, como siempre le sucedía cuando estaba en su presencia, comenzó a latir desbocado. En cuanto se recompuso del susto sonrió como una tonta porque había ido a verla.

Tal vez fuera una ingenua o una descarada, pero se alegraba en verdad de que estuviera ahí.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —dijo alejándose un poco de él, sentir el calor que el cuerpo de Robert desprendía a pesar de estar bajo el agua le provocaba cierto nerviosismo.

—Intuición. Supuse que te gustaría disfrutar de la tarde.

Se miraron a los ojos fijamente y Marian pudo sentir que una extraña sensación se apoderaba de ella, era como si con la mirada se dijeran palabras que no eran expresadas. Las gotas de agua resbalaban por el rostro perfilado de él, dándole un brillo especial al estar en contacto con la luz del sol. Era algo digno de ver, Robert era un hombre muy varonil, muy masculino, tal y como debe ser un caballero. Por un instante, tuvo la imperiosa necesidad de acercarse a él y besarlo. En sus labios tenía gotas de agua, que la incitaban a pensar qué sabor tendrían.

Si las hermanas del convento escucharan sus pensamientos seguramente la reprenderían y mandarían a darle por lo menos diez azotes.

—No me mires de esa manera, Marian, estoy tratando con todas mis fuerzas de comportarme como un hombre decente.

Marian se ruborizó, nunca pensó que fuera tan evidente el deseo que se apoderó de ella por unos instantes. Seguramente, Robert pensaría que era una mujer de la vida alegre que le gustaba tontear con todos los hombres.

—No... —dijo pausadamente sin tener la menor de idea de cómo proseguir una charla, la vergüenza la estaba invadiendo—, no fue mi intención incomodarte.

Él pareció meditar sus palabras para después mirarla alzando una ceja en señal de incredulidad.

—Desde el primer día en que coincidimos, me pareciste la muchacha más tierna y atractiva que yo hubiera visto. Y me gustas mucho, Marian, por eso necesito comportarme como un caballero. Lamentablemente si me sigues mirando de esa manera tan especial, me vas a dificultar mucho el trabajo.

Esas palabras, lejos de asustarla, le provocaron un leve cosquilleo en el estómago.

—No creo que sea correcto que me digas esas palabras.

—No... no lo son, pero sabes que no avanzaré más allá de lo que tú me lo permitas.

Ese era el momento perfecto para salir huyendo, cualquier mujer que se considerara medianamente decente detendría las intenciones del hombre y le dejaría en claro que debía alejarse y no volver a dirigirle la palabra a ella en lo que le restaba de vida. Sin embargo, en contra de su buen juicio, estaba a punto de cometer una locura.

—Y si yo quiero que avances.

—Tendrías que estar completamente segura, por el momento solo puedo ofrecerte que comencemos a conocernos, un paseo por el pueblo, algo en lo que los dos estemos a gusto. De verdad, me gustaría comenzar las cosas de la mejor manera. Ya me equivoqué una vez en la vida y lo he pagado muy caro.

—Por suerte, no pertenecemos a la alta sociedad. Nadie nos juzgará.

—Por el momento es mejor que nadie se entere de que nos estamos conociendo, o que nadie sepa de nuestros encuentros. No quiero que tu reputación salga dañada.

—De acuerdo —dijo ella conmovida porque él pensara en ella.

—Te parece que este sea nuestro refugio, aquí nadie nos podrá molestar.

—Me parece perfecto. Esperaré impaciente.

Marian se dio la vuelta y comenzó a nadar a la orilla del lago, sonriendo de felicidad. Escuchó detrás de ella que Robert se reía mientras comenzaba a nadar. Salieron del lago y comenzaron a secarse. Marian, detrás de unas rocas, se vistió, procurando que Robert no se diera cuenta del momento en el que se desprendía del camisón. Pero sabía que era un caballero y estaba de espaldas a ella secando su camisa.

A pesar de contar con toda la confianza de que él no le faltaría al respeto, se vistió lo más rápido posible. Marian recordaba cómo le había dicho que quería que avanzara. Posiblemente él pensaría que era una mujer sin moral. Se sentaron en la mantilla y esta vez Robert también llevaba una cesta de comida.

—No era necesario, he traído suficiente para los dos.

—He pasado por mi casa y se me ha ocurrido que tal vez quieras probar unos bocadillos que hace la cocinera.

—¿No vives en Stratfield Hall? —dijo haciendo referencia a la casa de los duques, aunque ella eso de nombrar a una casa por un nombre tan complicado no le gustaba, por eso siempre que podía se refería a ella como la casa grande.

—No, de hecho, tengo mi propia casa, a las afueras de la propiedad de los duques.

—Qué complicado es todo eso de los títulos y nombres. Lo único bueno de no pertenecer a ese círculo es que podemos ser nosotros mismos.

—*Lady Olivia* se ve muy a gusto con todo ese circo.

—Ella siempre soñó con llegar a pertenecer a la alta sociedad, creo que lo traía en la sangre. *Olivia* sufría mucho en el convento. Toda una vida de miserias, decadencias, de regaños y castigos, la hacían querer buscar una mejor calidad de vida.

—Fue una suerte que la duquesa la encontrara, nadie se esperaba que después de casi veinte años reconociera el camafeo que le robaron, al mismo tiempo que le robaron a su hija.

Marian, al escuchar esas palabras, se atragantó con el pedazo de queso que estaba degustando. Trataba de respirar con normalidad, pero sentía que algunos pequeños trozos le impedían respirar. Robert, al ver que su rostro comenzaba a ponerse de un tono morado, le dio unas palmaditas en la espalda, ofreciéndole una copa de vino.

Por suerte, no pasó a mayores. El vino comenzó a aligerar su garganta y, comenzó a respirar con normalidad. La mirada preocupada de Robert estaba posada sobre ella, provocando que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

—¿Estás bien, Marian?

—Sí, estoy bien —dijo, mientras una lágrima se resbalaba por su mejilla.

Sin saber cómo o cuándo, los labios de Robert se posaron sobre los de ella provocando que miles de estremecimientos le recorrieran todo el cuerpo. Nunca imaginó cómo sería la primera vez que le dieran un beso, pero lo que estaba sintiendo en ese instante superaba todo más allá de la imaginación.

CAPÍTULO 13

Los días pasaban con demasiada rapidez para su gusto. Se había establecido una rutina para ella; por las mañanas se dedicaba a trabajar en la casa sin toparse con ninguno de los empleados. El único momento en el que se notaba la tensión en la casa era a la hora de las comidas, nadie le hablaba y la miraban como si fuera una apestada, pero por lo menos no le negaban el plato de comida. Por las tardes, acudía al lago y se encontraba con Robert, pasaban horas hablando, o leyendo algún libro, los momentos que más esperaba era cuando él le robaba un beso fugaz, o el momento de despedirse; ahí los besos ya no eran tan fugaces.

Según Olivia, el viaje solo duraría unas semanas, pero ya casi habían pasado dos meses desde su partida. Días antes le había llegado una carta por parte de ella donde le expresaba lo contenta que estaba. Pero por la cabeza de Marian rondaba el pensamiento de las palabras dichas por Robert; confiaba en Olivia, era su hermana y sabía que no la traicionaría de una manera tan ruin. Quería creer que Robert había entendido mal, no era posible que el camafeo perteneciera a la duquesa, porque de ser así, Olivia estaría usurpando un lugar que no le correspondía.

Por instinto, se llevó la mano al pecho donde siempre había descansado su camafeo. Olivia era consciente de que esa joya representaba lo único que tenía de su familia; si su amiga había mentido, no sabía cómo lo enfrentarían, porque ahora que lo pensaba con claridad, si la hija perdida de la duquesa era la dueña del camafeo, eso significaba que la verdadera hija era ella.

Lo único malo es que no quería causar un conflicto con Robert, por eso no se atrevía a preguntarle abiertamente si no estaba equivocado sobre sus palabras. Otro asunto que también le andaba rondando en la cabeza a Marian es que mientras más conocía a Robert más sentía que le ocultaba cosas. Y esa sensación le daba miedo, porque eso significaba que no tenía la suficiente confianza como para hablarle de sus problemas. Siempre que le preguntaba por su pasado, él evadía las respuestas robándole un beso, o haciendo un gesto restándole importancia. Y aunque ella en la mayoría de los casos trataba de darle su espacio, normalmente se quedaba entre intrigada y dolida.

Pero estaban comenzando una relación, así que tenían que ir con calma, pensó mientras veía a Robert desmontar su caballo y atarlo al tronco de un árbol. La tarde era espléndida, el sol adornaba el inmenso cielo sin que una nube opacara su presencia. En cuanto estuvo a su lado, le dio un tierno beso que le supo a gloria. Lamentablemente para los dos, ya no era suficiente con esa simple caricia, necesitaban más y más. Robert la tomó por la cintura acercándola más a su cuerpo. Marian no quiso, ni tampoco pudo detenerlo, era como si la necesitara más que a nada en el mundo.

Los labios de él bajaban por su cuello logrando que ella contuviera la respiración, sus manos la acariciaban por encima del vestido, ese vestido tan gris y apagado, que ella estaba comenzando a odiar. Se recostaron sobre la manta que estaba tendida sobre la suave hierba; por un segundo, Marian quiso decirle que parara, que no era lo correcto, pero ella también lo deseaba. No se conformaba con que la besara, necesitaba sentir sus caricias, sentir el roce de piel.

Robert alejó sus labios de su cuello, y la miró fijamente para comprobar que estaba bien. O

más bien para comprobar si ella quería seguir. En ese preciso instante, supo que no hacía falta mucho tiempo para amar a una persona; bastaba una simple mirada para saber a quién pertenecían.

Y Marian pertenecía a Robert, lo demás que los rodeaba en ese preciso instante le importaba muy poco. Posó sus manos sobre el rostro de él, acariciándolo con suma ternura. Y él no necesitó más respuesta, sus labios se unieron en una candente danza que la estaba llevando a la locura.

Sabía por los libros que estudiaban en el convento lo que sucedía entre un hombre y una mujer, pero no porque les dieran algún tipo de clases, no, más bien porque un día mientras cumplían un castigo limpiando todos los libros, encontraron esa información que las dejó desconcertadas.

Ahora, mientras estaba recostada mirando a Robert a los ojos, todo cobraba sentido, los botones de su vestido fueron saliendo de su ojal con una lentitud, que le daban ganas de decirle que ella los desabrochaba. Era algo inusual en ella, que por lo general se caracterizaba por tener una paciencia infinita, pero con ese hombre parecía que toda la educación de la que se creía poseedora se evaporaba al instante.

A los botones, le siguió el lacillo que cerraba el cuello de su camisón, y sus faldas fueron alzadas para que sus piernas quedaran al descubierto. Ni siquiera le preocupaba que alguien pudiera verla en esa situación tan incómoda. Porque para ella, ahora todo era correcto. Sus cuerpos se unieron de una manera casi sublime, y aunque Marian sintió que se desgarraba por dentro cuando él entró en ella rompiendo la barrera de su virginidad, tuvo muy claro que todo el dolor valía la pena. Tal vez fuera una tonta enamorada, pero después de esa entrega total sentía que su amor por él se había multiplicado.

Esa era la magia del amor, y esa precisamente era la magia de Robert. A su lado, en los pocos instantes que pasaban juntos, Marian se sentía amada y protegida, para ella lo único cierto y verdadero era el amor que tenía por él.

—¿Estás bien? —preguntó Robert después de que la cubriera con su gabán. No estaba desnuda, ya que no llegaron a quitarse las vestimentas más que para lo estrictamente necesario. Pero la cubrió porque comenzaba a tiritar de frío. La noche estaba a punto de caer, por lo tanto, la temperatura empezaba a descender.

—Estoy perfecta, nunca pensé que algo tan hermoso me pudiera pasar a mí.

—Tú sí que eres hermosa. —Estuvieron unos instantes más abrazados, escuchando el compás de los latidos de sus corazones. Los grillos comenzaban su cántico, anunciando que era la hora de regresar, y las luciérnagas hacían su aparición sobre el lago, como si miles de estrellas hubieran bajado hasta donde estaban ellos y pudieran tocarlas con las manos. Si tuviera que elegir el momento más perfecto de toda su vida, sin duda, elegiría ese instante.

El camino de regreso lo hicieron prácticamente a oscuras, solamente iluminados por el resplandeciente brillo de la luna. Antes de llegar a los establos, como casi todos los días, se despidieron dándose un beso que cada día era más difícil de terminar. La actividad en la casa era inusual, pero tan sumida estaba en sus pensamientos y en su alegría de saber que Robert la correspondía, que no se dio cuenta de que el carruaje del duque estaba justamente frente a la casa, mientras los lacayos bajaban los baúles de su excelencia.

Fue el ama de llaves la que la sacó de su nube de felicidad.

—Ey, tú, estúpida. *Milady* te está esperando para que la atiendas, llevamos horas buscándote. Sube a ver qué se le ofrece o te daré otro castigo como la vez pasada.

Subió las escaleras que la llevaban hasta la habitación de Olivia, tocó suevamente la puerta por si estaba acompañada de alguien. Afortunadamente, no se encontraba con nadie de su familia, solo una doncella del piso inferior estaba sacando de los baúles varios vestidos y cajas de sombreros y los estaba colocando en el armario.

—¿Me llamaba, *milady*? —preguntó haciendo una reverencia.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Olivia con el ceño fruncido—. Marla, deja lo que estabas haciendo, ya lo termina Marian. —Ni un gracias, o un por favor, las doncellas y criados no merecían ni el más mínimo respeto por parte de sus señores—. Te he preguntado, ¿dónde estabas, Marian? Porque cuando llegué no estabas aquí para recibirme.

—Salí a dar un paseo.

—¿De tres horas? —preguntó incrédula.

—No sabía que regresarían hoy —dijo ella, tratando de mantener la calma.

—¡¡Desde cuándo los señores tenemos que dar explicaciones a los criados!!

Marian respiró profundo tratando de mantener la calma. Olivia estaba radiante con un vestido en tonos color amarillo pastel que lograba hacer que su piel reluciera aún más; tal vez también había comprado algún producto de belleza, parecía realmente una dama de sociedad. Inconscientemente, Marian se llevó una mano al pecho como buscando su camafeo, pero no lo encontró; ahora lo llevaba Olivia, ese simple gesto trajo a su mente las palabras de Robert.

Se debatía entre pedirle una explicación en ese instante o dejar que la furia abandonara su cuerpo. Observó detenidamente a su amiga, a la única persona que ella consideraba su hermana. No era posible que fuera capaz de hacer una bajeza de tal magnitud. Olivia sabía lo importante que era para ella ese camafeo, era el único lazo que tenía con su familia, por ese motivo precisamente se lo había entregado a ella, al considerarla su único familiar. Era lógico que le heredara la única posesión más valiosa que ella tenía.

Lo sentía en el alma, tal vez su amiga no se lo tomara de la mejor manera, pero tenía que saberlo; y cuanto antes, mejor.

—Olivia—dijo ignorando que su amiga estaba que trinaba de la rabia—, ¿es verdad que la duquesa supo que eras su hija por el camafeo que yo te regalé?

CAPÍTULO 14

Un tenso silencio se apoderó en toda la habitación. Marian estaba de pie, parada junto al dosel de la cama de Olivia, mientras esta se encontraba sentada frente a su tocador, los ojos de su amiga huían de su mirada.

—¿Qué clase de absurda tontería es esa? ¿De dónde has sacado semejante estupidez? —la voz de su amiga estaba alterada, detalle que no pasó desapercibido para ella.

—La servidumbre ha dicho que es una suerte que la duquesa te reconociera al portar el camafeo que me pertenece.

—Eso no puede ser, ¡mienten!, ¡todos mienten! —gritó su amiga levantándose del banquillo comenzando a caminar de manera nerviosa por toda la habitación—, no puedes creer más a la servidumbre que a mí, que soy como tu hermana. ¡No, Marian!, tú debes de creerme a mí.

Suspiró pensando que ahora venía el chantaje emocional, siempre era la misma solución de Olivia.

—Te creo, Olivia, pero si estás tan segura de que dices la verdad, entonces no te importará que le preguntemos a la duquesa por la manera en que reconoció que eres su hija.

Olivia palideció escuchando sus palabras.

—¿Qué ganarías con eso, Marian?, solo quedar en ridículo, sería tu palabra contra la mía. Me ofende esa muestra de desconfianza. ¡¿Quién te ha metido esas ideas para hacer que lo despidan?! Padre está delicado de salud y que se ponga en duda si soy su legítima hija sería un disgusto que lo podría llevar a la tumba.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo —dijo Marian dando la vuelta para salir de la habitación, antes de que pudiera dar un paso fuera de ella, Olivia la tomó del brazo deteniéndola.

—¿Qué pretendes, Marian?

—Saber la verdad. Únicamente la verdad, Olivia.

—No puedes hacer esto. No puedes hacerme esto, yo no quería que esto se me fuera de las manos. Pero la duquesa no me dejó aclarar la situación, en cuanto vio el camafeo se puso a llorar y al ver la felicidad en su rostro no pude decirle que yo no era su hija.

Marian ni siquiera estaba escuchando lo que Olivia le estaba diciendo. Acababa de confesarle que era verdad, acababa de confirmarle que estaba usurpando un lugar que no le correspondía. La noticia de que ella era la hija de un duque la dejó completamente anonadada.

—No puedes delatarme, Marian. —Escuchó que decía Olivia, mientras la tomaba del brazo para mirarla de frente—. Padre está muy delicado y una noticia de esa magnitud puede ser muy perjudicial para su salud. De hecho, durante el viaje estuvimos a punto de perderlo. —Vio que la preocupación de su amiga por su padre era verdadera y, por un momento, se cuestionó si estaba haciendo lo correcto.

—¿Tan mal está su salud? —dijo, mientras una lágrima recorría su mejilla, era absurdo descubrir quién era su familia y no poder decirlo por miedo a que su padre empeorara. «Su padre», esa palabra quedó grabada en su mente, ahora tenía una familia, aunque de momento no pudiera decirles la verdad. Pero si guardaba silencio por temor, perdería la oportunidad de estar

con ellos como lo que era, la hija de los duques.

—No quiero perder más tiempo sin decirles que soy yo la única dueña del camafeo. Necesito que se enteren de la verdad.

Olivia estaba llorando, mirándola a los ojos, pero de pronto su semblante cambió y dio paso a una furia que nunca antes le había conocido.

—¡No me quitarás esto, Marian, no me lo quitarás! —Escuchó que decía Olivia con el rostro impregnado de furia—. Si se te ocurre decir una sola palabra de esto a alguien, lo pagarás muy caro. Entiéndelo, no me voy a detener por nada, ni por nadie.

Marian nunca había visto esa faceta de su amiga, siempre había sido muy temperamental, pero nunca había llegado al grado de amenazarla.

—No puedes robarme lo que me pertenece —dijo casi en un susurro, tal vez otra en su lugar se enfrentaría con uñas y dientes a Olivia, pero Marian no tenía la fuerza suficiente para vencerla. No en ese momento.

—Ya te lo dije, es tu palabra contra la mía, ¿quieres que vayamos con los duques y les digamos esta mentira tan absurda que te has montado en la cabeza? Estoy segura de que te echarán a patadas de aquí. Los tengo comiendo de la palma de mi mano, así que, si quieres seguir viendo a tus papitos, aunque sea de lejos, te sugiero que no abras la boca. Mantente alejada por el bien de todos.

—Nunca pensé que me traicionarías de esta manera.

—Yo no te traicioné, Marian, sabes que para mí eres como mi hermana. Pero la vida me puso esta oportunidad, y yo solo la tomé. Era mi sueño hecho realidad.

—Un sueño a base de mentiras.

—Te lo repito, aléjate de nosotros por el bien de todos. Puedes seguir siendo mi doncella, pero te prohíbo que cruces palabras con mis padres.

—¡¡Son mis padres, no los tuyos!! —gritó Marian sacando a relucir un poco del carácter que hasta ahora tenía oculto. Mientras más escuchaba a Olivia, una furia crecía dentro de ella. Le parecía casi irreal que su amiga, su casi hermana, la estuviera traicionando y arrebatándole todo lo que por derecho le correspondía—. ¡¡Haré hasta lo imposible para que sepan la verdad!! Hablaré con la madre superiora, ella les dirá quién era la verdadera dueña del camafeo.

—¿Y condenarme a que me cuelguen en la torre de Londres? Pensé que eras mi hermanita, Marian. Pensé que me querías. ¿No entiendes que todo esto lo hago por nuestro bien?, por si no lo sabías, la madre superiora ha muerto, nadie en esas paredes te ayudará. —La mirada de Olivia tenía un brillo que le puso los pelos de punta a Marian, definitivamente esa no era su amiga, esa mujer que estaba frente a ella había perdido la cordura. Olivia tomó su rostro apretándolo, haciéndole daño—. Si te atreves a decir algo te voy a matar, y a tus padres también. Morirán tan lentamente que lo último que verán será mi rostro.

Una lágrima de impotencia rodó por su mejilla. Olivia estaba hablando totalmente en serio. No había nada de engaño en sus palabras, sabía que, si no guardaba silencio, lograría que sus padres la echaran de ahí antes de que reuniera el valor de decir la verdad.

—Lárgate, Marian, lárgate antes de que me arrepienta y no deje que por lo menos veas de lejos a tus padres.

Salió de la habitación llorando sin importarle si alguien la veía, en ese instante no le importaba nada. Lo único que deseaba con toda el alma era regresar de aquel maldito día; deseaba con todas sus fuerzas que solo fuera una pesadilla. Pero, sobre todo, deseaba con el alma no haber regalado nunca el único objeto que la unía a su familia, a la única persona que creyó que nunca la traicionaría de esa manera.

Caminó con rumbo al lago con los ojos empañados de lágrimas, sentía una impotencia de solo pensar en que nunca podría decirles a sus verdaderos padres que ella era su hija. Para ellos, siempre sería una criada más.

Era como una pesadilla de la que quería despertar. Las lágrimas y la oscuridad no la dejaban ver por dónde caminaba, prácticamente se iba guiando por instinto, se sentía tan sola, ahora no tenía a nadie que la protegiera. Llegó al lago y se sentó cubriéndose la cara con los brazos, mientras las lágrimas surcaban su rostro. Unos brazos la cubrieron con ternura, como queriendo protegerla de todo lo malo que le sucediera.

—¿Qué sucede, Marian? —la voz de Robert llegó a ella como un remanso de paz, como si de un salvavidas se tratara—. ¿Qué sucede, cielo?

—Solo abrázame, Robert, abrázame fuerte y no me sueltes. —En ese instante, él era lo más estable en su vida. Su amor y su salvación.

CAPÍTULO 15

No supo cuánto tiempo estuvieron de esa manera, pero Robert no la soltó en ningún momento. Únicamente se separaron para darse un beso, un beso que poco a poco fue reconfortando su herido corazón. No encontraba la manera de salir victoriosa de esa batalla que tendría con Olivia, como ella misma le había dicho hasta el cansancio, era la palabra de una simple doncella.

—¿Qué sucede, Marian? Sabes que puedes confiar en mí. ¿Alguno de los criados te ha hecho daño? No debes tener miedo —le dijo él besando su frente, acariciándola, mientras temblaba como una hoja sacudida por el viento.

No podía decirle lo que pasaba. Lamentablemente, Olivia la tenía entre la espada y la pared. Muchas vidas estaban en juego, tal vez en otra etapa de su vida, dudaría en que Olivia fuera capaz de semejante atrocidad, pero ahora todo era distinto, no conocía a esa mujer en absoluto, y desconocía hasta dónde era capaz de llegar con su maldad. Siempre supo que era un poco avariciosa, cuando llegaban las donaciones al convento siempre trataba de quedarse con lo mejor o más bonito. Incluso si ella lograba conseguir algo siempre se lo tenía que quitar, pero eso a Marian no le importaba, porque era su hermanita y por ella daría incluso la vida.

Ahora comprendía que ella para Olivia no significaba nada, era una persona sin sentimientos ni escrúpulos. Únicamente veía las cosas para su beneficio.

—Marian, mírame, me estás asustando. —Alzó la vista para ver la mirada preocupada de Robert. Quería contarle todo, pero no se atrevía a desafiar a Olivia.

—Nada, es que últimamente me siento tan sola —le comentó, en lugar de decirle la verdad. Era lo mejor para todos, conociendo el temperamento de Olivia era capaz de atentar contra Robert únicamente para hacerla sufrir. Aterrada solo de pensar en que algo le sucediera a él, se aferró a su cuerpo como si de una balsa de salvación se tratara. Tenía que ser fuerte y hacer que las cosas volvieran a su cauce, pero lo tenía que hacer ella sola. Se negaba a que terceras personas resultaran heridas por ayudarla. Miró a Robert con ternura, sabía que estaba preocupado y eso solo era una señal de que sentía algo por ella, acarició suavemente su mejilla cubierta por una incipiente barba—. Necesito sentirte, Robert. Necesito sentir que estás aquí, que eres real.

No hicieron falta más palabras, Marian necesitaba sentir sus caricias, era como si su cuerpo sintiera la imperiosa necesidad de refugiarse entre sus brazos. Robert tomó posesión de sus labios, provocando que el beso se fuera convirtiendo más intenso. Recostados sobre la hierba se amaron sin reservas, sin decir una sola palabra; pero con la seguridad de que el sentimiento que comenzaba a latir dentro del corazón de Marian, estaba comenzando a inundar el corazón de Robert. Cuando estaban juntos era como si el tiempo se detuviera y no existiera nadie más, era como si nadie estuviera al acecho, no importaba nada, ni siquiera Olivia le quitaría ese momento de felicidad, por mucho que estuviera escondida espiando detrás de un frondoso árbol dentro del bosque.

Después de nadar por unas horas en el lago los sorprendió el amanecer. Marian se vistió para regresar a la casa, no quería provocar el enojo de Olivia, se despidió de Robert con la promesa de que al día siguiente se verían a la misma hora de siempre. Caminó con paso apresurado y en

cuanto llegó a la casa, el ama de llaves de manera burlona le dijo que la duquesa la estaba esperando en el saloncito rosa. Por culpa de la discusión con Olivia salió sin pensar en nada más que no fuera huir de ese lugar sin ponerse a pensar en su trabajo. Ahora que le decían que la duquesa la estaba esperando; una realidad la golpeó como si de un mazo se tratara. Su madre la estaba esperando en el saloncito rosa y desgraciadamente ella no podía llamarla mamá.

Sintiendo que el corazón se le saldría del pecho, caminó con paso tembloroso hasta llegar a la puerta que la separaba de la mujer que le dio la vida. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, era tan injusto. Tocó suavemente la puerta con los nudillos y esperó paciente a que le dieran autorización para pasar. La voz de su madre la hizo maldecir mil veces su estúpida decisión. Recriminándose ser tan ingenua, entró a la salita, y su madre estaba sentada en un sillón mientras terminaba de dar las últimas pinceladas al cuadro que tenía frente a ella. Todo su mundo se vino abajo cuando vio de qué se trataba: en el cuadro estaban retratados sus padres con Olivia en medio, que sonreía con una dulzura y candidez que no eran propias de ella.

—Pasa, Marian —dijo la duquesa con una sonrisa en el rostro—. ¿Te gusta cómo ha quedado el cuadro de mi familia? Lo mandaré colocar en la sala principal, sobre la chimenea.

Marian no dijo nada, únicamente se quedó de pie admirando a su madre. Tantas cosas en su mente que tenía por decir y, sin embargo, ninguna le era permitida. Sonrió para que la duquesa no notara lo que le sucedía.

—Siéntate aquí, querida —dijo, mostrándole el espacio vacío junto a ella. Marian, tímidamente, se colocó junto a ella, sin mencionar una palabra—. Te noto muy callada, Marian, ¿qué sucede?

—Nada —murmuró débilmente. Quería escapar de ese lugar, estaba segura de que, si pasaba más tiempo ahí, no se podría contener sin hacer una locura.

—Te he comprado un pequeño detalle de nuestro viaje. Espero que te guste. —Vio cómo se acercaba a un pequeño estante y tomaba en sus manos un estuche. En cuanto lo puso en sus manos, lo tomó con delicadeza, como si fuera el mejor regalo del mundo—. Ábrelo.

Sus manos estaban a punto de temblar, abrió el precioso estuche de nácar y se quedó impresionada. Dentro de él estaban acomodados varios pinceles de diferentes tamaños y grosores. Levantó uno y en la base del pincel se dio cuenta de que tenía su nombre grabado. Fue inevitable que una lágrima rodara por mejilla.

—Marian, estás llorando. Si no te gustan los pinceles no tienes por qué quedártelos. Pero qué tonta soy, seguramente tú esperabas algo mucho más bonito.

—Me encantan, son de verdad preciosos —dijo, mientras se secaba las lágrimas y cerraba el estuche, para después aprisionarlo entre sus brazos como si temiera que se lo arrebataran.

—Me alegro, es un pequeño detalle del que no estaba segura si te gustaría. Las jóvenes de tu edad quieren vestidos vaporosos y perfumes caros. No te quiero contar lo que nos hizo pasar Olivia escogiendo su vestuario. Por suerte, ese martirio ha pasado. Dentro de nada estaremos como locos con el comienzo de la temporada. La madre de mi esposo estará aquí en menos de lo que imaginamos. La presentación de Olivia será en unas semanas y quiere que esté toda la buena sociedad londinense. Pero no te quiero aburrir con esas tonterías. Cuéntame, ¿has pintado algún cuadro?

Marian se sonrojó con fuerza, el único cuadro en el que había dedicado horas en ese tiempo en que estuvieron ausentes, era el retrato de Robert. La manera en que la miraba mientras estaban juntos, el brillo destellante de su mirada al besarla, la tenía cautivada, así que decidió que tenía que capturar esa esencia en unas pinceladas.

—Muéstrame tu cuadro, quiero ver tus avances.

Marian retiró la tela que cubría el lienzo para que la duquesa observara lo que había pintado.

—Vaya —fue todo lo que dijo; tal vez su pintura fuera muy burda, pero apenas estaba comenzando, así que aún no lograba capturar la esencia, aunque lo intentó con todas sus fuerzas—. Por este cuadro deduzco que nuestro Robert ha hecho de las suyas en nuestra ausencia. ¿Hay algo que deba saber?

Nunca pensó que al mostrar ese cuadro se metería en un problema y que igualmente implicaría a su amado Robert.

—Solo somos amigos —se apresuró a decir, aunque sabía que la duquesa no se creería ni una sola de sus palabras.

—Ese rostro no es de un simple amigo. Pero respetaré tu decisión a mantener tu intimidad. Sabes que, si necesitas un consejo, el consejo de una madre, aquí estaré para ti. —Fue inevitable no emocionarse y las lágrimas estaban amenazando con salir de nuevo a flote—. No tengo mucha experiencia en este aspecto, me he perdido toda la vida de mi hija, pero aquí estaré para las dos. Sabes que no eres una simple doncella en esta casa. Eres parte de nuestra familia.

—Gracias, es muy amable al decirme todas estas palabras, y si necesito un consejo claro, acudiré a usted.

—Bueno, pues un consejo muy sabio es que debes tener mucha paciencia con la madre de mi esposo, *lady* Amelia, la duquesa viuda tiene un carácter de mil demonios.

—Estoy deseando conocerla.

CAPÍTULO 16

Los días pasaban como el agua corriendo en un río. De un momento a otro se vieron envueltos en un vaivén de personas que llegaban de visita a la casa de los duques para felicitarlos por la presentación en sociedad de su hija. Oliva siempre quiso ser el centro de atención de todos. Así que, en ese instante, estaba radiante. Esa noche, Marian estaba realmente nerviosa. La duquesa viuda se había instalado en las habitaciones que le correspondían. Todo el personal decía que tenía el peor carácter, ella aún no tenía el gusto de conocerla, pero la cena ayudaría a servir y entonces sí que la vería en persona.

—Tu abuela es un fastidio, me ha mirado como si fuera alguien insignificante. —Escuchó que le decía Olivia, mientras le hacía un primoroso recogido.

Marian se quedó en silencio, había descubierto que esa era la mejor arma para que su estabilidad en esa casa perdurara, quedarse en silencio. Olivia era inestable y no quería que por una palabra mal dicha o en un momento inoportuno, le sucediera algo a su familia.

— ¿No dices nada?, veo que has aprendido. Es lo mejor, Marian; mientras sigas así de calladita no le sucederá nada a nadie.

En ese instante tuvo ganas de arrancarle los cabellos uno a uno. Estaba desesperada por encontrar una solución a todos sus problemas. La única ilusión y esperanza que tenía en su vida era Robert, con él pasaba cada segundo que tenía libre, se amaban en cada instante juntos, con cada caricia, con cada roce.

No se arrepentía de haberse entregado en cuerpo y alma a él. Era consciente de que, si su relación no funcionaba, ella no podía aspirar a encontrar una pareja. Pero nada importaba porque tenía metido hasta el alma a ese hombre.

Estaba preparada para salir a servir la cena, esta vez le tocaba cargar la charola del segundo plato y asegurarse de que no faltara nada en la mesa. Entró en el comedor y todos estaban muy concentrados escuchando lo interesante que había sido el viaje de los duques. Comenzó a retirar la vajilla que ya estaba vacía, dejando en su lugar el segundo plato. Tan concentrada estaba sonriéndole a una de las invitadas de la duquesa, que se sobresaltó cuando alguien rompió una copa.

—Madre, ¿estás bien? —Escuchó al duque decirle a su madre. Marian se giró para quedar de frente a una mujer de unos sesenta años, con su cabello canoso pulcramente recogido en un moño, vestida con un impresionante vestido negro. La mujer parecía que acababa de ver a un fantasma—. ¿Qué sucede, madre?

—No puede ser —dijo mientras su mirada iba de Olivia a ella, como si conociera su secreto. Olivia le hizo un imperceptible gesto para que se retirara y Marian, para no causar más problemas, se retiró dejando a todos en un denso silencio.

El ama de llaves le dijo que se encerrara en su habitación y que no saliera hasta que *milady* diera la orden. Se fue directa hasta su habitación, con los nervios a flor de piel. Lo sabía, lo había visto en los ojos de la duquesa viuda, esa mujer en apenas unos segundos se había dado cuenta de la verdad.

Por un lado, era una alegría que alguien la apoyara, pero por otro, tenía miedo, no se quería ni imaginar que algo les sucediera a sus padres. Olivia era capaz de todo con tal de sacarla del juego.

La puerta de su habitación se abrió y Olivia entró hecha una furia.

—Esa maldita bruja se ha quedado con la mosca detrás de la oreja. Sabe que pasa algo raro.

—¿Por qué simplemente no dices la verdad?

—¿Eres estúpida? No hay nada que demuestre que soy culpable, mi madre me encontró por mi camafeo, nada me quitará mi lugar.

—¡Es mi lugar! Y es mi camafeo —gritó sin poder contenerse y la bofetada que le dio Olivia no se la esperaba. La mejilla le ardía, pero lo que más le dolió era ver el odio reflejado en los ojos de la que algún día consideró su hermana.

—Es mi lugar, y si tengo que matarte para seguir ahí, no lo dudaré ni un instante. ¿Lo has entendido? Sigue como hasta ahora y no pasará nada. Para evitar futuros problemas, te quedarás aquí encerrada hasta que vea que el peligro ha pasado.

¿Cómo era posible que terminara en esa situación? Dio vueltas por la habitación sintiéndose impotente, todo parecía una mala jugada del destino, que se negaba a que fuera feliz. Por suerte, podía salir de su habitación siempre y cuando no se topara con nadie de la familia, así se lo había hecho saber Olivia en una simple nota. Salía para reunirse con Robert que cada vez que la observaba le preguntaba que cuál era la situación que la aquejaba. Suspiró pensando que todo era una gran madeja de mentiras que le explotaría en la cara en el momento menos pensado.

Estaba caminando con rumbo al lago cuando de la nada, la duquesa viuda se acercó a ella, Marian apresuró el paso, para que no la alcanzara, pero para su sorpresa la duquesa estaba en buenas condiciones y pronto le dio alcance.

—Niña, espera, necesito hablar contigo.

Cerró los ojos un instante porque sabía que detenerse a hablar con ella únicamente le traería problemas. Se giró esperando que lo que tuviera que decirle no fuera nada relacionado con Olivia.

—Excelencia —dijo en cuanto la mujer estuvo a su altura haciendo una impecable reverencia.

—Necesito hablar contigo, niña, acompáñame a dar un paseo. —Sin más, comenzó a caminar extendiendo su precioso abanico de nácar. El día era precioso para caminar. La duquesa viuda observaba a todos lados como evaluando la situación y a cada paso que daban el nerviosismo por decir algo que las delatara comenzaba a inundar a Marian.

—¿Desde cuándo conoces a mi nieta *lady* Olivia? —Por un instante, le sonó como a una pregunta con trampa. Pero no tenía razón para contarle otra cosa que no fuera la verdad.

—Desde siempre, llegamos juntas al convento el mismo día. Nos hemos criado como hermanas.

—¿Sabes cuántas niñas y jóvenes han desfilado por el despacho del duque reclamando ser la hija de ellos? —Marian negó con un simple gesto, ya que no tenía ni idea—. Más de las que me gustaría. Ellos sufrían cada vez que alguien llegaba y no era su hija. Y todo esto por un simple rencor de antaño. ¿Sabes por qué empezó todo?

—Lo desconozco, excelencia.

—Hace ya varios años, el duque era muy amigo del conde de Sussex, ambos eran de la misma edad, y habían asistido al mismo colegio. Todo parecía ir de maravilla entre ellos hasta que, en una temporada, el duque y el conde comenzaron a cortejar a la misma chica enamorándose perdidamente. —La duquesa parecía tan sumida en sus pensamientos, que Marian solo pudo escuchar la historia sin intervenir en ningún momento—. Esa joven debutante no era otra más que Charlotte, la madre de mi nieta Olivia; sí, al final el amor que surgió entre los duques fue inseparable. Y se casaron, pero el conde nunca aceptó la derrota y la amistad de tantos años se fue convirtiendo en enemistad.

—Es muy triste.

—Más triste es lo que sucedió después. El conde se casó con una joven debutante, amiga de mi nuera. Cegado por la rabia y los celos, tuvieron un hijo. Los duques tardaron unos años en poder concebir. Y Charlotte estaba tan mal después del parto que el médico dijo que nunca más volvería a ser madre. Recuerdo aquella locura de viaje. Charlotte acababa de dar a luz, cuando una misiva de una amiga muy querida había llegado hasta ella. Ironías del destino, esa amiga era la esposa del conde, y se estaba muriendo de su segundo parto. Por ese motivo, la duquesa no se lo pensó más y salió a despedir a su única amiga. Con tan mala suerte que cuando llegó la condesa ya había muerto. El conde, hirviendo de rabia, los expulsó de su casa y ellos tuvieron que partir de regreso en la oscuridad de la noche. Te apuesto a que Charlotte nunca se perdonará ese error tan terrible; llevaban pocas millas recorridas cuando los interceptaron unos forajidos.

Marian jadeó del asombro, conocía la historia, pero muy por encima, sabía que los habían asaltado, pero conocer los detalles de toda la historia hizo que un estremecimiento la recorriera.

—Pero la desgracia apenas estaba por llegar. Los forajidos no le robaron nada, excepto lo más valioso que llevaban: a su hija, dejándolos a los dos malheridos dentro del carruaje. Mi hijo ha tenido la salud débil desde entonces y Charlotte no ha parado de buscar incansablemente a su hija. Años después, en el lecho de muerte, el conde dijo que él había enviado a que los atacaran y les robaran lo que más querían. Y eso que en su momento fueron grandes amigos. Pero después de conocer todo lo que han sufrido, solo te voy a hacer una pregunta: ¿Por qué están engañando a mi hijo?

CAPÍTULO 17

La historia parecía que se quería repetir. La pregunta de la duquesa viuda la había dejado inmobilizada; ¿ahora cómo podría salir de esa situación?

—No entiendo qué quiere decir —se apresuró a decir de manera torpe. La duquesa la miró con la decepción impregnada en la mirada.

—Sí que lo sabes. Sabes que Olivia no es hija de los duques, pero lo que no comprendo es por qué dejas que ocupe tu lugar.

—Está equivocada, excelencia —fue lo único que dijo y salió corriendo de ahí, esperaba que la duquesa viuda no siguiera investigando más. De lo contrario, todos estaban en peligro. Caminó con paso apresurado hasta llegar al lago, seguramente no habría nadie en ese lugar. Robert estaba trabajando, así que tendría un momento para pensar.

Tan nerviosa estaba por todo lo que estaba pasando que se detuvo en seco en cuanto vio la escena que se desarrollaba frente a ella. Olivia estaba tendida en el pasto y Robert se encontraba sobre de ella devorando sus labios. Todo su mundo se paralizó, las imágenes sucedían de manera tan lenta que fue capaz de percibir todos los detalles, mientras una lágrima se resbalaba por su mejilla.

Olivia pareció percatarse de su presencia, y se acercó más a Robert para darle un beso, beso del cual estaba segura de que Robert rechazaría, pero no fue así. Si alguien le hubiera dicho que el amor le partiría el corazón lo hubiera dudado. La traición de Olivia le dolió hasta el alma, pero ahora al ver ahí a las dos personas que más amaba en la vida, traicionándola de la manera más ruin que existía, la estaba desgarrando por dentro.

Algo debió de haberlos alertado de su presencia, porque Robert giró la vista para verla llorando de dolor. Quería salir de ahí y alejarse de todos, pero sus pies estaban anclados, y aunque ella les diera la orden de avanzar, era imposible. Robert llegó hasta donde ella estaba, seguida de Olivia que sonreía triunfal.

—Marian, no es lo que tú crees, yo solo quería ayudar a Olivia.

—¿Ayudarla a qué? Te he visto besándola, Robert. No me trates como si fuera una tonta.

—No estaba besándola.

La risa de Olivia hizo que la furia le recorriera todo el cuerpo, primero le quitaba su lugar, a sus padres, y ahora le quería robar al hombre que amaba.

—¿En verdad pensabas que Robert se conformaría con una simple criada? No, Marian, Robert tienes otras aspiraciones. —Sabía que Olivia tenía una facilidad para enredar todo a su conveniencia, así que por un instante trató de serenarse para no caer en su juego, aunque era imposible que las lágrimas no se derramaran de sus ojos.

—¡Mientes! —gritó Robert—. Solo estaba tratando de ayudarla, se estaba ahogando. Me dijo que no sabía nadar. Dilo, Olivia, ¡¡dilo!! Maldita sea, dile que mientes.

—Todos mentimos a los que amamos alguna vez, conde —dijo Olivia sabiéndose ganadora de esa batalla, lo podía ver en sus ojos, estaba a punto de dar la estocada final—. ¿Acaso no te ha dicho Robert que él es el conde Sussex? —esas palabras fueron como un mazo golpeándola

directamente en el estómago—. Vamos, conde, pensé que por lo menos habías sido sincero con mi hermanita.

—¡¡Cállate, Olivia!! —gritó Robert—. Marian, no creas nada de lo que te ha dicho.

—Espera, hermanita, que te he salvado de esta escoria. Aunque el detalle de que te abrieras de piernas como una fulana no lo podemos solucionar. ¿Sabías que a nuestro conde lo desheredó su padre y lo desterró? ¡¿Por qué crees?! Sí, nuestro conde tuvo un amorío con una de las criadas y se casó con ella en Escocia. Su padre, al saberlo, le quitó todo, y derrochó todo lo que el título conllevaba. Su mujercita, al saber que no tenía nada, se deshizo de su bastardo. ¿No lo sabías, Marian? Padre, a pesar de odiar a su padre, lo ha dejado trabajar aquí, imagínate qué mejor venganza.

Su mente era un cumulo de pensamientos. Miró a Robert con todo el dolor y la decepción instalada en su mirada, era increíble cómo había llegado a amar a ese hombre en tan solo unos encuentros robados.

—Como puedes ver, a nuestro conde aún le siguen gustando las criadas.

Se acercó a Olivia, y arrebatándole del cuello la única joya que le importaba, se dio la vuelta después de decirles con todo el odio en su corazón:

—Volveré a recuperar lo que es mío. Sois tal para cual.

Ni siquiera se detuvo al escuchar cómo la llamaban, o cómo Olivia le suplicaba que no cometiera una locura, porque todos lo pagarían muy caro.

No se lo pensó más, tenía que encontrar a alguien que le ayudara a decir en verdad quién era la hija de los duques. Regresó a su habitación, y poniendo en una sola maleta sus pocas vestimentas que poseía, salió de la casa sin saber cómo lograría recuperar todo lo que era suyo por derecho. Pero, sobre todo, sin saber cómo se podría vivir después de que te arrancaran el corazón.

Las ruedas del coche de alquiler la alejaban de Stratfield Hall, tal vez una solución rápida era que ella hablara con los duques y les dijera su versión de los hechos, pero sabía que el afecto que tenían por Olivia era verdadero, ya que la consideraban su hija legítima, así que estaba en desventaja, como Olivia misma le había dicho, era su palabra contra la de ella. Tenía que encontrar quien la ayudara. Aunque se dejara la vida en ello, lo conseguiría.

Las puertas del convento se abrían ante ella para darle la bienvenida. Esperaba que alguna de las hermanas que servía ahí fuera capaz de brindarle ayuda. Casi se desmaya de la impresión al ver a la madre superiora al otro lado de la puerta esperándola con una sonrisa en los labios. Estaba muy delgada y su aspecto era el de una persona enferma, pero definitivamente no estaba muerta tal como Olivia le había mencionado. Otra más de las mentiras de su amiga.

—Pasa, hija, siempre es un gusto recibirte en la casa de Dios. —La casa de Dios, esa casa que tantas alegrías como tristezas le había dado, esa casa donde sufrió por el dolor de no tener una familia, pero a la vez se alegró de haber encontrado en Olivia una hermana. Una hermana de la que nunca se esperó una traición—. Dime, hija, ¿a qué debo el honor de tu visita?, tenía entendido que estabas viviendo con Olivia. Nos alegramos muchísimo cuando la duquesa nos

envió una carta diciéndonos que Olivia era su hija. Aparte de que la compensación económica fue de gran ayuda para el convento.

—Necesito que me ayude, madre, Olivia no es la hija de los duques. La verdadera hija de la duquesa de Brentwood soy yo.

CAPÍTULO 18

Le contó toda la historia a la madre superiora, que se asombró de la maldad de Olivia. Era como si no la conociera. En cuanto le mostró el camafeo, la madre superiora confirmó que el mismo día en que la encontró, ella traía el camafeo en la canastilla donde la habían abandonado. Pero que como no tenía ninguna insignia o algún grabado para saber a quién pertenecía, no pudieron devolverla a su familia.

Después de tener una charla de varias horas con la mujer que hacía honor a su puesto, ya que había sido la única madre que ella había conocido. Como siempre, pensando en su bienestar le recomendó que necesitaba estar en paz consigo misma para poder recuperar a su familia, decidió que se quedaría a pasar unos días ahí, tratando de encontrar serenidad y paz en su vida. Y lo más importante, tratando de encontrar un consuelo a su maltrecho corazón.

—Marian, tienes visita. —Escuchó que le decía una de las novicias que se acaba de incorporar a la orden del convento.

—Gracias, sor Victoria, enseguida voy.

—La están esperando en la salita de visitas.

No sabía quién podría ser. Únicamente esperaba que no fuera Olivia o Robert, aunque este último no creía que la buscara, ya había conseguido lo que quería: que se entregara en cuerpo y alma a él, sin reparar en las consecuencias. Entró en la salita de té, para ver sentada en un banquillo frente a la madre superiora a la duquesa viuda.

—Marian, *lady* Amelia —dijo haciendo referencia a la duquesa viuda—, quiere hablar unas palabras contigo. Las dejo a solas para que puedan hablar con intimidad.

Lady Amelia la miró por un instante con desaprobación, no sabía para qué la había ido a buscar hasta ese lugar, pero estaba segura de que para nada bueno.

—¿Sabes?, durante muchos años idealicé la imagen de cómo sería mi nieta. Sí, al igual que todos, la pérdida de ella me dejó devastada, lo que nunca me imaginé fue que cuando apareciera, fuera la viva imagen de mi madre, ¿te puedes creer eso?, es igualita a ella. Solo que mi madre no era una cobarde.

—Me alegro, excelencia, pero no entiendo a qué viene todo esto.

—Viene a que, si crees que me trague el cuento de que Olivia es mi nieta estás muy equivocada, ahora explícame con todo lujo de detalle por qué esa arpía está usurpando tu lugar. Tal vez a todos os ha engañado, pero no a mí. Soy demasiado vieja para dejarme engatusar por una muchacha tonta.

—Es una historia demasiado larga.

—Siéntate, niña, tengo todo el tiempo del mundo. Comienza por el principio. —Escuchó que le decía la duquesa, mientras tomaba su taza y daba pequeños sorbos a su té como toda una reina.

Nunca en su vida pensó que la traición de las personas que más amaba la dejaría devastada. Después de lo que pareció una infinidad de tiempo con lágrimas en los ojos terminó de contar

toda la historia.

—Te he dicho una verdad, y eso es que mi madre no era ninguna cobarde, así que deja esas lágrimas para cuando yo me muera. —Marian la miró asombrada por su manera de hablarle, siempre comparándola con su madre—. Ahora, niña, es momento de que recuperes lo que esa arpía ha tratado de quitarte. Y ese conde va a tener unas palabras conmigo. Ahora, dame un abrazo.

Por primera vez desde que había salido de la casa de los duques, Marian sentía que tenía el apoyo de alguien y que no estaba sola en el mundo.

El corazón amenazaba con salirse de su pecho, su abuela le había dicho que Olivia se negaba a decir la verdad acerca de su origen, así que por ese motivo la madre superiora las acompañó en el carruaje ducal. Desde que habían salido del convento, su abuela la había llevado con ella a una casa que le prestó una buena amiga, estaba a las afueras de Londres, así que no levantaría sospechas sobre quién habitaba la casa. La servidumbre era muy fiel con sus señores. Su abuela había asistido un mes atrás a la presentación en sociedad de Olivia que, muy orgullosa, se paseaba del brazo del duque, como quien sabe que tiene ganada la guerra.

Y tal vez de esa manera lo pensaba ya que se había encargado de decirles a los duques que su amiga Marian le había robado su camafeo junto con otras joyas y había salido de la casa para siempre. Al parecer, les contó que mantenía amoríos con un hombre y esa era la razón principal para huir con una fuerte suma de dinero en joyas.

Cuando se lo contó su abuela, estuvo a punto de salir a hablar con los duques y de paso estuvo a punto de ir a retorcerle el cuello con sus propias manos a esa traidora. Esa que siempre pensó que era como su hermanita, esa que resultó ser su dulce enemiga.

Mientras veía el carruaje acercarse a la casa, a Marian comenzó a faltarle la respiración, sentía una fuerte opresión en el pecho, las manos comenzaron a temblarle.

—Tranquila, querida, todo saldrá bien.

Eso esperaba con todo el corazón, pero Olivia no les dejaría el camino tan fácil. Los criados comenzaron a salir para dar la bienvenida a la duquesa viuda, y de pronto, la duquesa y el duque estaban en la entrada de la casa sonriendo. Eran sus padres, y de nuevo no podía disfrutar de la calidez de sus brazos.

Detrás de su abuela descendió la madre superiora y por último, ella. Los duques se quedaron paralizados en cuanto la vieron, vestida con un primoroso vestido color violeta, estaba radiante, su abuela había dicho que para presentarse frente a sus padres tenía que llegar como lo que era: una dama.

—Madre, qué sorpresa. —Escuchó que decía el duque mirándola de reojo, haciendo un gesto imperceptible a uno de los lacayos—. Detened a esa ladrona.

Esas palabras la dejaron de piedra. Su propio padre la estaba llamando ladrona y la estaba ordenando detener.

—¿Estás loco, Edward? —dijo su abuela poniéndose delante de ella evitando que los lacayos la sujetaran.

—Madre, esta jovencita le ha robado sus joyas a Olivia.

—¿Por qué lo hiciste, Marian? —dijo la duquesa con lágrimas en los ojos—. Me

decepcionaste, confiamos en ti como si fueras alguien de la familia y decidiste traicionarnos por un mal hombre.

—¡Dejen de decir estupideces! —dijo *lady* Amelia, haciéndolos callar—, vamos a hablar en algún lugar donde no esté el servicio presente y, sobre todo, donde no se encuentre la arpía esa que tienen por hija.

Los duques la miraron recelosos, pero no fueron capaces de objetar a lo que la duquesa viuda les había dicho. Marian alzó la mirada para ver a sus padres, por incomprensible que pareciera, los había extrañado tanto, se había pasado las noches enteras imaginando cómo la recibirían, pero nada la prepararía para que ellos la juzgaran como si fuera una vulgar ladrona; al parecer, Olivia había esparcido su veneno en ellos, al ver la frialdad con la que la miraban le dieron unas ganas terribles de llorar. Olivia había provocado un daño irreparable, solo un milagro podría hacer que ella recuperara a su familia. Sin ser consciente, se llevó la mano a su pecho para acariciar el camafeo, la suerte estaba echada y ahora solo necesitaba tener el valor para desenmascarar a su dulce enemiga.

CAPÍTULO 19

Entraron en la salita rosa, esa misma salita donde la duquesa había compartido su amor y pasión por la pintura con ella. En una esquina aún estaba recargado el cuadro de Robert. Por su mente pasó los momentos en los que con amor y dedicación había intentado plasmar el brillo de sus ojos, ese brillo que creía ciegamente que era causado por ella y por un sentimiento que estaba comenzando a florecer entre ambos, pero ahora ese mismo brillo parecía burlarse de Marian.

—Y bien, madre, ¿vas a darme una explicación de por qué defiendes a esta ladrona? — Marian se llevó una mano al pecho tocando con suavidad el camafeo que ahora estaba en su poder. Al ver ese gesto la duquesa se acercó a ella y en un arrebato de furia se lo arrancó del cuello lastimándola.

—¡Charlotte! —jadeó su abuela, asustada por cómo la duquesa la estaba tratando—, deja que la madre superiora te explique la situación.

—¿Y qué me va a explicar?, ¿que ha educado a una ladrona dentro de su convento? Este collar pertenece a mi hija. —Escuchó que decía su madre casi con odio y un dolor lacerante le atenazó el corazón. Estaba frente a la mujer que le había dado la vida, esa mujer con la que muchas veces soñó y anheló que la acunara entre sus brazos para decirle que nada malo le sucedería, sin embargo, ahora, si por su madre fuera, la mandaría prisionera por robar algo que por derecho le pertenecía, era una lástima que Olivia los hubiera puesto en su contra.

—Efectivamente, duquesa, ese collar estaba en la misma cesta donde dejaron a su hija años atrás, claro, que como no tiene ninguna insignia no sabíamos a quién pertenecía, si me permite, déjeme explicarle lo que sucedió aquel día.

Los duques guardaron silencio sentándose frente a la madre superiora, que, a pesar de estar cansada por la enfermedad, había tenido el carácter para hacer frente a los duques.

—Aquella mañana, como siempre, salimos a recoger algunas viandas, estábamos a punto de salir cuando tocaron con fuerza en la puerta; lamentablemente, y mientras acudimos a atender la llamada, no vimos a nadie, pero cuando salimos vimos una cesta con una cobija dentro. No hizo falta nada para saber lo que sucedía, era el pan de cada día. Otro bebé abandonado por su madre llegaba a nuestra puerta, pero aquel día fue especial. Horas más tarde, de nuevo dejarían a otra niña en la puerta del convento; una de ellas llegó sin nada de ropa cubriendo su cuerpecito más que por una cobija harapienta, la otra niña, en cambio, llevaba ropa de calidad y estaba envuelta en unas finas mantas, en su puñito aferraba un hermoso collar del cual no se quería separar. Era como si la protegiera, a pesar de tener unos días de nacida. Ambas, de diferentes mundos, sin embargo, tenían la misma fragilidad y deseos de ser amadas como cualquier niño de los que cuidamos. Marian era esa pequeña que había llegado aferrada a su collar, duquesa, y juro por mi Dios y mi vida que esa es la única verdad.

El silencio se apoderó de la estancia. Todos miraban a Marian de diferente manera, la duquesa viuda sonriendo como diciendo que ella sabía perfectamente que estaban equivocados, los duques la observaban con la sorpresa impregnada en su rostro. Estaba claro que no esperaban que la vulgar ladrona se convirtiera en su hija. Estaban punto de decir algo, cuando la puerta se

abrió de golpe sorprendiéndolos, Olivia entró hecha una furia.

—¡Eres una maldita embustera!, quieres quitarme todo lo que me pertenece. Pero no te lo voy a permitir. —Miró a los duques con lágrimas en el rostro—. No le crean, es una mentirosa que es capaz de todo con tal de quedarse con lo que es mío. ¡¡Eres una maldita mentirosa!! No entiendes que eres mi hermana, Marian, no puedes traicionarme de esta manera.

Olivia estaba a punto de lanzarse sobre ella, pero el duque fue más rápido deteniéndola antes de que la golpeará.

—Olivia —la voz de la madre superiora hizo que esta se pusiera pálida como una vela—, veo que me recuerdas, no sabes lo decepcionada que estoy de ti, nosotras jamás te educamos para que traicionaras a la única persona que te ha querido incondicionalmente, incluso por encima de su familia y de sí misma.

—No puede ser, usted está muerta.

—No, estoy muy viva, lo que no entiendo, Olivia, es que tú sabías perfectamente que ese camafeo no te correspondía. Marian, en un acto de bondad y desprendimiento, te lo otorgó para que fuera tuyo como señal de que eras su única familia. La has traicionado.

—¡¡Eso no es cierto!! Esta vieja bruja lo ha tramado todo —dijo Olivia señalando a su abuela con el dedo en tono acusador. Marian estaba segura de que, de no estar sujeta por el duque, se lanzaría sobre todos para golpearlos.

—Eso no es cierto, sabes tan bien como yo que ese collar me pertenecía, cuando te lo reclamé me amenazaste con hacerles daño. Tú, que eras mi hermana, la única persona a la que he querido de verdad me traicionaste quitándome todo lo que más quería.

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas y de pronto se soltó del agarre del duque para correr hasta donde ella estaba, lejos de agredirla como todos pensaban, se tiró al suelo, abrazándose a sus piernas.

—¡¡Perdóname, Marian!! —sollozó mientras se aferraba a su falda—. No quería lastimarte, te lo juro, pero fue una mentira que de pronto se fue convirtiendo en más y más grande. No sé qué fue lo que sucedió, pero perdóname.

Marian la miró sintiendo una pena enorme en el alma, era como si de pronto todos los años de amistad y todas las vivencias le pesaran como una losa; una lágrima resbaló por su mejilla, ni siquiera era consciente de que estaba llorando.

—¡¡Marian, perdóname, eres mi hermanita!!

Sabía que no tendría el valor de dejarla a su suerte, ella no tenía el corazón tan duro y frío como Olivia. Los demás participaban de la escena como meros espectadores, sin decir una sola palabra.

—Marian —escuchó que le hablaba el duque sintiendo su corazón palpar de la emoción—, hija —al escuchar esa palabra ya no pudo evitar que las lágrimas de felicidad la embargaran—, enviaremos a Olivia para que sea detenida. Nos engañó a todos y será un error que debe pagar.

—¡¡No!! Por favor, hermanita, no dejes que me lleven, me condenarán a la horca —pidió a gritos Olivia. El llanto inundaba su voz, y de rodillas ante ella, no se parecía en nada a la mujer que la había amenazado días antes, pero Marian sabía que solo estaría mintiendo, bajó su mirada hasta ella y lo que vio la dejó paralizada.

La desesperación y el miedo que observó reflejado en su rostro, se le clavaron en el pecho como mil agujas lacerantes. Era su hermanita y no la iba a dejar en la calle, era cierto que le había hecho mucho daño, pero también sabía que todo era producto de las carencias que habían tenido en su infancia. Seguramente al ver que podía llevar una vida muy diferente a la pobreza en la que estuvieron durante años, su amiga no pensó en las consecuencias. Su amiga siempre soñó con ser una dama de sociedad y lo había logrado, aunque la manera en que lo hizo no fue la más adecuada. Sobre todo, porque había dañado su amistad, aun así, ella no tenía el corazón para dejarla desamparada.

—Levántate, Olivia. Nadie denunciará nada. Por mi parte, esto queda olvidado. —Escuchó que su abuela decía que estaba loca al dejar sin castigo a esa arpía, pero ella no pensaba hacer nada que dañara a Olivia. Ya habían sufrido mucho, y su amiga la que más, al verse descubierta.

Su amiga trató de ponerse de pie mientras sus padres decían que eso era una locura. Pero ella no quería dejar desamparada a su amiga. Su hermanita. Estaban hablando todos acaloradamente cuando Olivia cayó desmayada sobre el frío suelo encerado. Marian trató de agarrarla para que no se lastimara, pero fue en vano, una lagrima rodó por su mejilla mientras acariciaba la mejilla de su amiga, que ahora estaba pálida como la nieve, al verla ahí tan frágil y desprotegida confirmó que su decisión había sido acertada.

La luz de las velas le decían que necesitaba descansar, era como si miles de emociones la golpearan en un solo instante. No podía dejar que su amiga sufriera, ya bastante había tenido con la vida que le tocó vivir, como para que ahora la enviaran presa, aunque todos opinaran lo contrario. Un suave golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Adelante. —Su abuela entró en su habitación sonriendo, era una sonrisa tímida como de aquellas que se dan cuando no sabes cómo responderá la otra persona.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Tus padres no están muy contentos con esa decisión. Si por ellos fuera la enviarían directo al paredón.

—No puedo dejarla desamparada.

—No creo que le guste mucho estar trabajando en el servicio. No se adaptará.

—Ya veremos qué sucede. Ahora solo quiero descansar.

Su vida apenas comenzaba a tener sentido. Pero aún tenía que resolver eso que le estaba matando por dentro. Aún tenía que decidir cómo recuperar su corazón. Trató de dormir, pero unos ojos grises se colaban en sus sueños para atormentarla, a veces los veía tristes y ella sentía la imperiosa necesidad de acudir en su ayuda, otras veces estaban acompañados de una sonrisa ladina que la estremecía, pero lo que más le desgarraba el alma era revivir esa mirada de amor que le dedicaban cuando ella creía que el hombre, dueño de esos ojos embusteros, la amaba.

CAPÍTULO 20

Los días después del primer encuentro con sus padres pasaron de manera rápida. Por suerte, su abuela había comenzado a hablar con sus amistades más importantes de la nobleza inglesa la terrible situación de cómo se produjo un error al reconocer a la heredera de los duques Brentwood. Obviamente, nadie se atrevería a contrariar a la duquesa viuda, así que aceptaron de buen agrado la noticia.

Marian, por otra parte, no se atrevía a salir de la casa, por miedo al qué dirán. Sus padres trataron de hacer un baile para celebrar que la había encontrado por fin, pero ella se había negado, sin dar ninguna oportunidad a réplica. Los duques se esforzaban por crear un vínculo con ella y aunque Marian estaba consciente de que las palabras dichas al calor de la discusión fueron más bien producto de las intrigas de Olivia, a Marian le habían dolido en el alma. Así que entre ellos había una gran muralla que los separaba, a veces se sentía como una hija desagrada, se ponía a recordar cuántas veces había deseado encontrar a su familia y ahora que los tenía cerca de ella, el dolor no la dejaba ser completamente feliz.

Llevaba dos semanas instalada en la casa y aún no se atrevía a regresar a pintar junto a su madre. Tampoco se atrevía a regresar al lago, ese lugar donde conoció lo que era sentir el amor de un hombre y también donde sintió el amargo sabor de la traición.

Por su mente pasó la imagen de Robert después de hacerle el amor de manera dulce y apasionada, el brillo en sus ojos, la manera en que su cabello estaba despeinado a causa de sus caricias. Sonrió, pensando que al menos algo bueno había salido de todo eso, en unos meses se convertiría en madre.

Aún no se lo había dicho a nadie porque la vergüenza la mataba. Pero en unos meses sería inevitable que no se dieran cuenta. Posiblemente después de eso tendría que salir de ahí para enclaustrarse en alguna de las casas de campo de sus padres hasta que la sensible buena sociedad se olvidara de su escándalo. Porque estaba segura de que el hecho de que la acabaran de encontrar no evitaría que la juzgaran por entregarse a un hombre antes de estar desposada con él, pero a Marian eso la tenía sin cuidado, lo que le preocupaba era si sus padres pudieran soportar que su hija fuera una paria de la sociedad. Nunca podría llevar una vida normal, porque si no quería sufrir y que su hijo pagara las consecuencias de sus actos, tenía que marcharse a donde el veneno de las personas de sangre noble no los alcanzase.

De Robert no sabía nada, solo que el mismo día en que ella se había marchado de ahí, él jamás regresó; suponía que, al verse descubierto, no quería seguir estando en ese lugar. A veces, por las noches lloraba porque lo extrañaba, por unas semanas se sintió querida entre sus brazos y suspiraba queriendo revivir esa sensación, pero era imposible, no entendía cómo es que él se había atrevido a deshonorarla cuando estaba claro que nunca se uniría a una simple doncella. Recordó cuando le dijo que esa no era su vida, pero claro, era un lord que había tenido la mala suerte de sufrir las consecuencias de la maldad de su padre. Mucho más tranquila, bajó a desayunar con sus padres, que trataron de que no se sintiera incómoda. Charlaron en compañía de su abuela, que se negaba a irse de nuevo hasta que ella no se sintiera segura en esa casa. Algo

que Marian agradecía, porque, aunque había convivido con ellos, para ella adaptarse a vivir como una dama de sociedad le estaba costando.

Estaba comenzando a sentir que se ahogaba en esas paredes, así que decidió que ese día daría un paseo. Los criados la miraban como si fuera una aparición, su padre quería que Olivia fuera castigada, pero si tenía que castigar a todos los que le hicieron daño, no quedaría ningún criado en esa casa. Todos la habían lastimado, incluyendo sus padres. Por más que se decía que todo lo que hicieron fue porque desconocían la verdad, ella no lograba que su corazón sanara la herida que habían abierto en ella.

Caminó sin prisa pensando cómo dejaría atrás tanto resentimiento, dentro de ella quería ser la hija ideal de los duques tal y como lo fue Olivia en su momento, alguien de quien se sintieran orgullosos, pero no se sentía preparada para tanta responsabilidad, no quería dejar de lado su sueño de abrir una escuela para señoritas, pero sus padres pondrían el grito en el cielo cuando se enteraran. Le había contado sus planes a su abuela y ella muy gustosa le dijo que la apoyaría en todo lo que necesitara. Solo necesitaba comenzar a darle forma a su proyecto para que comenzara a andar.

El agua cristalina del lago brillaba bajo el reflejo de los destellantes rayos del sol. Marian se acercó a las grandes rocas que daban la intimidad del lago; fue poner un pie en ese lugar y al instante los recuerdos se agolparon en su mente, como si de un sueño se tratara, recordó cuando Robert la habían consolado la primera vez, y también cómo se habían amado infinidad de veces ahí entre esas mismas rocas. Ese era su lugar especial hasta el día en que Olivia y Robert lo ensuciaron con su maldad.

Sin pensarlo con detenimiento se comenzó a desvestir y se sumergió en el lago. Quería que el agua se llevara todas sus penas, pero por más que quisiera no dejaba de pensar en Robert, en todo lo que había pasado. Deseaba con todas sus fuerzas que su historia fuera otra, menos complicada. Sin menos mentiras, sin menos secretos.

Aún no comprendía cómo Robert no había tenido la suficiente confianza como para contarle su historia. Comprendía que tal vez aún le doliera todo lo que había pasado, pero se suponía que él debería confiar en ella. Cerró los ojos disfrutando del agua, pensando que ella también no había sido muy honesta, no porque no confiara en él, sino porque tenía miedo a que les sucediera lo peor.

Alguien la sujetó del cabello sumergiéndola en lo más profundo del lago; de la sorpresa, trató de gritar con la mala suerte de que en vez de lograr pedir ayuda comenzó a tragar agua, abrió los ojos presa del pánico, alguien la estaba tratando de ahogar. Pataleó con todas sus fuerzas, pero la persona que la estaba ahogando era mucho más pesada, tanto, que no lograba librarse de su agarre; si no hacía algo pronto estaba segura de que moriría. Como pudo, le propinó un golpe en el estómago a su atacante dejándola en libertad. Cuando pudo comprobar de quién se trataba, su corazón se desgarró en mil pedazos.

—¡Olivia! —dijo, mientras escupía el agua y trataba de respirar con normalidad. Le dolía la garganta y el pecho, sentía que en cualquier momento perdería el sentido.

—¡Me lo has quitado todo, maldita!, ¡eres una maldita desgraciada que no merece tener por padres a los duques!! Ese lugar me correspondía a mí.

La mirada desquiciante de Olivia le puso los nervios de punta. Tan asombrada estaba que no se dio cuenta de que la retenía de nuevo y la volvía a sumergir en el fondo del agua. Por más que trató de deshacerse de su agarre no lo lograba; por un momento, sintió que se quedaba sin fuerzas, y supo que era la hora de su final. El miedo se apoderó de ella, y en ese instante se dijo que lo único que lamentaba era no volver a ver a Robert.

El peso de Olivia desapareció dejándola libre, y sintió cómo alguien la ayudaba a salir del agua. Le costaba respirar y le dolía el cuello, que era de donde la tuvo sujeta Olivia. La recostó sobre la hierba y con lágrimas en los ojos vio que era Robert el que la miraba preocupado. Parecía un sueño, pero seguramente todo era producto de su imaginación.

—¡Respira, cielo! —dijo asustado, y tal vez no era para menos. Habían estado a punto de matarla. Marian comenzó a temblar de manera incontrolable.

Tosió, tratando de que su respiración se normalizara. Sentía una opresión que le impedía respirar, cerró los ojos dándose cuenta de que estaba a salvo. Olivia ya no podría hacerle más daño, no quería saber qué pasaría con la que consideraba su amiga, lo único que quería era regresar a su habitación, y no salir de ella nunca más. Unos lacayos estaban sujetando a Olivia que estaba inconsciente y no se enteraba de lo que pasaba a su alrededor.

Robert la cogió entre sus brazos como si fuera la cosa más preciada del mundo y la llevó hasta su caballo cubriéndola con su gabán. No supo cuánto tiempo estuvo en la misma posición, pero se le hizo eterno. En cuanto llegaron a la casa, al ver el estado en el que se encontraba se desató el caos. Marian escuchaba los gritos de desesperación de sus padres que pedían con urgencia que llamaran a un médico para que la atendiera, pero nada le importaba, lo único que quería era dormir. Quería tan solo un momento para olvidarse que las personas a las que amaba la habían traicionado, y deseaba que el dolor tan grande que le inundaba el alma desapareciera por completo, aunque fuera por un segundo.

Escuchó el grito Robert pidiéndole que no lo abandonara, y después todo se volvió oscuro. Una paz la comenzó a inundar, ahora todo estaría bien, ahí ya no sentía ningún dolor. Alguien le pasó un paño húmedo por la frente y Marian gimió pidiendo que la dejaran dormir. Estaba tan cómoda y calentita en esa posición que se negaba a dejar la suave cama.

—Cielo, tienes que despertar, vamos, debes comer algo.

Abrió los ojos y la mirada de Robert la dejó cautivada, ¡lo extrañaba tanto! Una lágrima rodó por su mejilla y él la detuvo con su mano acariciando su mejilla con ternura. Un calor comenzó a inundarla al verlo que estaba ahí a su lado, los recuerdos de lo que había sucedido en el lago con su amiga hicieron que la tristeza la embargara.

—Lo arreglaremos, cielo, te juro que lo arreglaremos.

—No tenemos ninguna posibilidad. —Era ilógico, pero su corazón había saltado de emoción al ver la reverencia con la que besaba su mano.

—Claro que sí, nos casaremos y formaremos una familia. —Él acarició la curvatura de su vientre que aún era pequeña, pero ya se notaba, porque solo estaba cubierta por un fino camisón —. El médico ha dicho que te encuentras bien, que los dos se encuentran bien.

Se acercó más a su rostro y depositó un suave beso en sus labios que a Marian le supo a gloria.

—A veces en la vida se cometen errores en el nombre del amor a otras personas. Cuando conocí a Lidia, supe que tendría problemas con ella, era tan linda e inocente que me cautivó al minuto uno de conocernos, no imaginaba mi vida sin ella. Le hice promesas que jamás pude cumplir y ella, al ver que mi padre nos dejaba sin nada, decidió deshacerse de lo único que nos unía y se marchó para siempre dejándome hundido. Se marchó para casarse con barón que le ofrecía todo lo que yo no le pude ofrecer; cegado por la furia hice lo que solo un hombre despechado puede hacer, hablar mal de una dama. Su esposo me retó a un duelo, y al amanecer, Lidia vio cómo su esposo caía herido de una pierna. Pero las cosas se pusieron mal para el caballero, con tan mala suerte que murió de unas fiebres.

Robert estaba tan sumido en sus pensamientos, que ella únicamente pudo admirar su rostro en silencio, tenía el semblante cansado, pero incluso de esa manera le alteraba el corazón.

—La buena sociedad londinense me condenó al destierro; mis amigos se alejaron de mí, mi familia renegó de mi título, todos me dieron la espalda. Y tu padre, al verme caído en desgracia, se alegró de ello. Era la venganza perfecta para el hijo del hombre que los había hecho muy desgraciados en el pasado alejándolos de su hija. Pero comprendo en cierto sentido a mi padre, si te perdiera, si por alguna extraña razón alguien me robara tu amor, me volvería loco.

El corazón de Marian saltó de gusto, aunque no le había dicho que la amaba, sí habló de planes para el futuro.

—¿Me quieres? —Aun así, se atrevió a lanzarse por una respuesta.

—Más que a nada, he vivido en un infierno desde que te fuiste, y he pasado mil veces por él desde que te saqué del lago.

—Olivia —susurró, sabiendo que ahora sí que no tenía ninguna intención de ayudarla.

—Olivia ha muerto, cielo, se escapó de la habitación donde estaba y se ha ahogado en el lago. Cuando la encontraron ya no había nada que hacer. Lo siento, cariño.

Era una estúpida sentimental, pero comenzó a llorar desgarrada, por mucho que Olivia le hiciera daño, nunca le desearía la muerte. Con Olivia, una parte de ella había muerto, esa parte que creía que la amistad verdadera era posible, esa misma parte que creía que las amigas se podían considerar hermanas. Aún la recordaba como una niña imparable en el convento. Sus travesuras eran memorables, y pensó que la vida era muy injusta, le había arrebatado a sus padres cuando acababa de nacer para hacerla pasar por una infancia llena de carencias y ahora que había encontrado a su familia, le arrebatava a su amiga.

CAPÍTULO 21

A pesar de ir en contra de la voluntad de su familia, Marian quiso que se le diera cristiana sepultura a Olivia. Se negaba a dejarla para que las autoridades se deshicieran de su cadáver. Todo fue tan triste. Frente al féretro, solo estaban los duques, Robert y Marian. La madre superiora había dicho que la madre de Olivia era una prostituta que trabajaba en el puerto, y cuando la fueron a buscar para que le diera el último adiós, los miró indiferentes y dijo que no le importaba nada esa bastarda.

Marian se aferró al féretro llorando sin consuelo, hasta que fue irremediable la partida. En su vida nunca olvidaría a Olivia, porque de alguna manera formaba parte de ella. Era como siempre decía: su hermanita.

Los días después del sepelio fueron pasando. Toda la familia le daba su apoyo y consuelo, pero se negaban a que llevara luto por una persona que la había traicionado en todos los sentidos posibles. Sus padres aceptaron de buen agrado la noticia de su embarazo, aunque ya lo sabían por el médico que la había visitado cuando estuvo recuperándose de su tragedia en el lago.

Aunque los planes originales eran que se celebrara una boda por todo lo alto, Marian y Robert decidieron que era mejor simular un escape a la frontera con Escocia y de esa manera dejar por terminado el asunto del matrimonio, eso evitaría las habladurías que hubiera sobre ella, y su hijo nacería dentro del matrimonio. Así que en un carruaje de alquiler partieron para lo que sería el comienzo de una nueva vida.

Como el padre de Robert había dilapidado toda su herencia, seguirían viviendo en la casa de Marian, y Robert ayudaría a llevar la administración de todos los bienes; su ahora esposo, al principio se negaba a seguir ahí, ya que había hecho buenas inversiones con sus ahorros, pero había varias propiedades que pasarían a manos del esposo de Marian como parte de su dote, las cuales no estaban ligadas al título ducal, así que el heredero de su padre no accedería a ellas. Por ello, decidieron que lo mejor era quedarse con la dote, así también recuperarían el tiempo perdido.

Aunque la boda no resultó la más romántica del mundo, para Marian fue la más especial, y se desarrolló sobre un yunque. Ahora era la condesa de Sussex, aunque únicamente de nombre. Pero ella estaba feliz.

Tres años después

Marian levantó la vista del cuaderno donde estaba haciendo sus anotaciones. Cada tiempo que tenía libre lo dedicaba a mejorar las clases que daba a las pequeñas niñas que vivían en el convento. Su abuela la había ayudado dándole el dinero para abrir una pequeña escuela donde pudiera cambiar la vida de todas esas jovencitas, y ahora su sueño estaba cumplido y ella se encontraba tan feliz, aunque a veces tenía que escuchar las malintencionadas opiniones de las damas de sociedad; a ella no le importaba, porque si con eso lograba mejorar la calidad de vida

de sus alumnas, se daba más que satisfecha.

Sonrió mirando a dos pequeñas que siempre estaban muy unidas, le recordaban tanto a Olivia y a ella cuando vivían en el convento; ambas eran preciosas, y aprendían muy rápido, pero también resultaban muy traviesas, lo que provocaba que a cada instante estuvieran con un castigo tras otro. La madre superiora, que gracias al cielo se había recuperado bastante bien de su salud, decía que la volvían loca. No pudo evitar que una sonrisa asomara en sus labios al ver cómo a una de ellas se le caía el libro con el que estaban practicando la postura al caminar, y eso, lejos de entristecerlas, parecía que les daba más aliento a seguir intentándolo hasta que les saliera bien. No tenía ninguna duda de que en el futuro serían unas doncellas de primera.

—Muy bien, jovencitas, por hoy la clase ha terminado —dijo, y todas hicieron una fila muy ordenada y salir del pequeño saloncito que habían adaptado para sus clases.

—Creo que estás haciendo un trabajo magnífico con estas niñas, tienen una suerte enorme al tenerte —dijo la madre superiora entrando en la habitación.

—Son muy inteligentes, y aprenden muy rápido.

—Es una pena que tengan que vivir aquí. Pero gracias a ti y a tus donaciones, estas niñas no tendrán las mismas carencias que pasaste tú.

—No diga eso, mientras estuve aquí, fui feliz y estaba muy agradecida por todo lo que me daban.

—Es una lástima que Olivia no fuera igual que tú.

—Ella era especial, no se conformaba con nada. A pesar de todo, la quise con locura.

—Lo sé, hija, tienes un corazón tan grande, que no eres capaz de guardarle ningún rencor.

—Lo único que lamento es que su final fuera tan trágico.

—Ella ya está descansando, ahora nos toca a nosotros seguir en esta vida, y disfrutarla. Si no te vas pronto, ese esposo tuyo tendrá que venir por ti. Tu carruaje hace rato que te está esperando.

—Es verdad, Robert es capaz de buscarme hasta el fin del mundo. Es hora de irme, madre, nos vemos mañana.

—Ve con Dios, hija.

Salió del convento y se subió al carruaje para llegar hasta la casa de sus padres. El viaje era un poco largo, pero valía la pena hacerlo todos los días con tal de seguir su sueño. Ahora era feliz, en su vida ya no había cabida para la tristeza. Marian había madurado y la relación con sus padres se había ido fortaleciendo con el paso de los años, tanto, que ahora eran una familia muy unida. Tenía un esposo que la amaba por encima de todo y que seguramente la reprendería por llegar tarde a la comida.

La vida le había dado una nueva oportunidad de encontrar a su familia, y aun cuando por un momento pensó que todo estaba perdido, siempre contó con las personas que más amaba. Sonrió mirando el cuadro de Robert que ahora estaba colgado sobre la pared; encima de la chimenea también había un retrato de Olivia y ella, se los habían hecho cuando estaban aún en el convento. Marian lo acarició suspirando. Después de esos años tras su muerte, aún la seguía extrañando. Su esposo llegó por sorpresa mirándola acariciar el pequeño cuadro.

—¿Qué es lo que sucede, condesa? —Sonrió sin poder evitarlo, esa era la magia de Robert,

hacerla sonreír incluso en las peores adversidades.

—Nada, es solo que a veces la extraño.

—¿No la odias? —dijo su esposo extraño.

—No, durante la infancia fue mi única compañera, la que me defendía ante todos, solo se confundió de camino.

—Pero trató de matarte.

—Esa no era ella, la persona que trató de matarme no era mi amiga Olivia. La mujer que perdió la cordura y me intentó asesinar era simplemente mi dulce enemiga.

Su esposo la abrazó. Seguramente recordando aquel día, sabía que si por ellos fueran hubieran despedazado a Olivia, pero para ella siempre sería su hermanita.

—Ahora ya no hay peligro. ¿Eres feliz, condesa?

—Más que nada en la vida. Si tuviera que vivir de nuevo todo para llegar a tu lado, lo haría mil veces. Eres lo mejor que me ha pasado, eres lo mejor que he encontrado.

—Toda una romántica, condesa, tú también eres lo mejor que he encontrado, eres el amor más puro que he tenido jamás.

—¿Me estás diciendo que me amas, conde? —preguntó de manera provocadora.

—Con cada palabra que brota de mis labios. Te amo, condesa.

—Te amo, esposo.

Su hijo de tres años entró en el enorme salón seguido de sus abuelos que lo querían atrapar. Desde esa edad ya era todo un granuja al que la ciudad de Londres se le quedaría pequeña. Sonrieron cuando llegó hasta ellos y se lanzó a sus brazos. Al fin estaba completa su familia. Y así podían vivir sin su dulce enemiga.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)